



ARGEL.—Capilla y granja de Nuestra Señora de la Consolata, en el Metidja, segun dibujo del P. Ducat, misionero de la Compañía de Jesús.

CHINA.

DETALLES ACERCA EL FALLECIMIENTO DEL ILMO. ELIGIO COSSI.

Desde Xilicuan, provincia del Xantonh, el P. José María Vila, M. A., escribe al Rdo. P. Ramon Buldú:



¡ más apreciado hermano: Con el más vivo dolor, y con las lágrimas en los ojos, le comunico la muerte de nuestro respetable obispo y vicario apostólico, Mons. Eligio Cossi, Menor Observante.

Murió el 12 de enero, y ha llenado de consternacion no sólo á los misioneros, sino tambien á los cristianos de esta extensa provincia que lo amaban como padre.

Inútil es decir que su muerte fué la de los justos, como habia sido su vida, llena de sacrificios soportados por amor á Dios y á las almas; treinta y más años ha estado en China, y fácilmente se comprenderá cuánto ha tenido que sufrir, principalmente en los 24 años que como superior y vicario apostólico tuvo que luchar con valor en medio de tantos lobos, que continuamente acechan el rebaño para acabar con las pocas ovejas que aun se mantienen en el redil.

No dudo que cuantos conocieron á Mons. Eligio Cossi, sienten su muerte; pues á él debemos el nuevo método de escribir y pronunciar la difícil lengua china, con letras de nuestro alfabeto, lo que, con grandes esfuerzos, no se habia podido lograr.

El que conoce la lengua china, ó tiene noticia de la multitud de caracteres ó cifras que son necesarios para

Año VI.—N.º 224.

escribirla, comprenderá el valor de este método, que ha costado á Mons. Cossi más de veinte años de trabajo, y sólo su actividad y deseo de hallar un medio para la conversion de este vasto Imperio, podia triunfar de las dificultades que ofrecia tan grande empresa.

El Gobierno chino no aceptará nunca, por su soberbia, la invencion de un europeo, por el odio que les tienen, mas los cristianos se sirven de ella para aprender las cosas de nuestra santa Religión, de la que se han impreso ya algunos libros, y se irán imprimiendo. Además los misioneros que vienen de Europa encuentran un medio de hacerse entender del pueblo venciendo las dificultades que tenían que superar para aprender tantos caracteres.

Si el Imperio Celeste aceptase el método del ilustrísimo Cossi, se abreviarían mucho los estudios de otras materias importantes, cosa imposible con los caracteres chinos pues es necesaria la vida del hombre sólo para saber leer y escribir una carta, ó relatar un hecho.

Habia apenas transcurrido un año desde que el ilustre Franciscano habia regresado de Europa á este vicariato, cuando Dios quiso premiar sus trabajos y virtudes.

Su enfermedad sólo duró diez dias. El día de la Epifanía pidió los últimos Sacramentos, que recibió con suma devocion. Luego con singular humildad pidió perdon no solamente á los misioneros presentes y ausentes, sino á los fieles todos, de los defectos que hubiese podido cometer durante su largo vicariato. Los misioneros y los cristianos de Xan-tun acudieron de todas partes para acompañar el cadáver á su última morada. Siguiendo la costumbre del Celeste Imperio de no dar

15 Junio 1885.

sepultura sino pasados algunos días después de la muerte, dispuso el Vicario apostólico que pasasen doce días. Los sacerdotes europeos abrigábamos algún temor de que se turbase el orden, á causa de la guerra franco-china; pero no hubo que deplorar accidente alguno desagradable, bien que fueran unos ochocientos los cristianos, y unos veinte mil los paganos, los cuales lloraban, recordando las limosnas que (en tiempo de carestía) les diera el difunto Obispo. Los sacerdotes europeos éramos once y los sacerdotes chinos terciarios Franciscanos nueve.

Antes de cerrar esta carta le diré que por ahora las Misiones franciscanas del centro de la China en ninguno de tres vicariatos son perseguidas.

FILIPINAS.

UN VIAJE POR EL BOSQUE DE FILIPINAS, DESDE EL PUEBLO DE SINILOAN AL DE BINANGONAN DE LAMPON.

Es la tarde de un sábado; me encuentro apoyado en un antepecho del convento del pueblo de Siniloan, meditando sobre lo penoso del viaje que mañana de madrugada voy á emprender, cuando veo que comienza á pasar por la calzada que está colindando con la iglesia una multitud de indios la mayor parte de ellos desnudos, de los cuales algunos se entraron en el patio de la iglesia donde se detuvieron. Me dió lástima el verlos tan fatigados, llenos de lodo y los pies teñidos de sangre de las picaduras de las sanguijuelas del bosque; pero lo que sobre todo me causó compasión fué ver que algunos de ellos iban cargados á manera de jumentos.

Llevaban sujeto á la cabeza y hombros un armazon de madera, que llaman *atupag*, que les cubre toda la espalda inclusa la cabeza, y sobre ella sin almohadilla alguna colocan la carga, que por ser pesada les obliga á marchar algo inclinados hácia adelante, presentando así un aspecto sumamente conmovedor. No es posible explicar la triste impresion que uno recibe la primera vez que los ve. La desnudez, la excesiva carga, la fatiga y las manchas de sangre, conmueven de tal manera que llenan de pena y excitan deseos de librarlos de semejantes trabajos.

Así conmovido pregunté al religioso Párroco del pueblo, qué gente era aquella. El que, comprendiendo lo afectado que estaba, me dijo: Esa gente viene de Binangonan de Lampon; el señor Comandante político militar del distrito de la Infanta que reside en ese pueblo, despacha el correo en direccion á ésta los jueves al medio día acompañado de cinco hombres armados para evitar roben el correo los salteadores, por lo que los indios que necesitan venir salen en ese día y vienen juntos. Estos hombres que se han parado aquí son dos cargadores para que lleven su equipaje y doce hamaqueros que llevarán á V. R., eso significa esa hamaca que traen preparada segun el aviso que se mandó la semana anterior; no es para europeos el pasar el monte á pie, y caballos no pueden pasarlo cargados. Los pobres indios vienen desnudos, porque por el bosque no pueden caminar con ropa trayendo carga; se les rompería por no poder atender á separar las ramas de espinos que se encuentran frecuentemente, y les impediría la marcha.

Serian las cinco del siguiente día por la mañana

cuando, después de haberme despedido del religioso Párroco del pueblo, bajé del convento y me coloqué en la hamaca. Esta es una sencilla y ligera camilla hecha de un tejido de bejucos, suspendida de una gruesa caña; es sumamente estrecha, no tiene más ancho que lo suficiente para apoyarse el cuerpo; un poco más ancha que fuera no podría ser conducida por el interior del bosque. Emprendimos la marcha en direccion al monte, al que llegamos después de haber pasado por un camino que puede llamarse bueno en relacion al que nos faltaba. A la falda del monte antes de penetrar en la espesura del bosque hay unas pequeñas casas ó chozas construidas de caña y nipa, á donde llegamos después de unas tres horas; el camino que conduce á ellas es una senda que á lo mejor se pierde en las sementeras, que la mayor parte del año están llenas de agua por ser de regadío el arroz que siembran en ellas; un par de hamaqueros iban delante con *bolo* (cuchillo grande) en mano cortando los cercos que con alguna frecuencia se encontraban. Nos detuvimos en estas casitas el tiempo necesario para que los indios cociesen la morisqueta, así llamamos en Filipinas los españoles al arroz cocido sin sal; los indios tagalos lo llaman *canin*. En el interior se puso fuego ese coció la morisqueta y se tomó algo, fueron llegando y deteniéndose unos cincuenta indios, la mayor parte con sus cargas, que se dirigian á Binangonan, y es costumbre entre ellos el reunirse en estas casas antes de internarse en el bosque; no se atreven á ir solos por él, á causa del grande miedo que tienen les salga al encuentro alguna cuadrilla de malhechores, como ha sucedido en muchísimas ocasiones; y cuando algun misionero va de viaje se alegran mucho. Hasta el presente no se ha dado el caso de que en el monte hayan sido acometidos de los salteadores los sacerdotes, lo cual tiene su principal explicacion en el gran respeto que les tienen los indios. Concluido el desayuno se desnudaron de la ropa que traian puesta para resguardarse del fresco de la mañana, que á pesar de ser una temperatura muy agradable para los europeos, á ellos les afecta y obliga á cubrirse, tomó cada cual su respectiva carga, y habiendo sido por ellos dados unos cuantos gritos como acostumbran en estas ocasiones para mutuamente animarse, reanudamos nuestra marcha y nos internamos en el bosque.

¡¡ A Dios mundo !! Hemos quedado á solas con Dios y la fértil naturaleza! ¡Hemos quedado en un silencio sepulcral! ¡Esbeltas pirámides de madera que se elevan hasta el cielo, sostienen sobre sí un inmenso manto verde que nos cubre por todas partes y nos impide ver el sol que poco há hemos visto resplandeciente en medio de un cielo claro y hermoso. Bajo de nosotros se extiende una tosca red de raíces que se cruzan en todas direcciones, haciendo penosa y difícil la marcha. De vez en cuando se oye el triste graznido del *calao*, cuyo eco repiten las cañadas de los montes; el hamaquero que va delante, con voz débil y fatigosa repite frecuentemente: *Pramulia sa canan, pramulia sa caliná* (dirigirse á la derecha, dirigirse á la izquierda), cuya voz suele ser precursora de algun brusco golpe de la hamaca contra algun árbol; su espesura impide que los hamaqueros se manejen con el desahogo que quieren y es necesario para que marche la hamaca sin tropiezos. A nosotros sólo llega un débil eco del viento que corre sobre el verde toldo que nos cubre; la respiracion se me hace difícil á causa de la humedad de que está impregnada

la atmósfera; la cabeza se me marea por el brusco movimiento y continuos choques de la hamaca; el estómago se me revuelve con el continuo subir y bajar pendientes; el oído es atormentado con el espantoso ruido de las muchas cascadas que más ó menos lejos dejan oír su imponente voz, y la imaginación es excitada con ver continuamente horrendos precipicios. Todo esto causa en mí una impresión tan triste, y me coloca en una situación tan angustiosa, que no sé describir. El mundo parece que se ha acabado, y para mí no hay más que seculares árboles y horrendos precipicios. Mi vida está en manos de gente desconocida, que con sólo soltar la hamaca concluirían con mi existencia; huir y dejarme les bastaría para que muriera; el hambre, los insectos y la temperatura del bosque concluirían pronto conmigo, pues me sería imposible encontrar la salida del bosque. El camino es una estrecha senda, la cual se pierde al llegar á las márgenes de los ríos, los que carecen de puentes, sin que le sea posible, al que no haya frecuentado el camino, ainar dónde se encuentra en la otra orilla; la espesura del bosque lo dificulta, y en ocasiones lo hace imposible por ser parte del camino el mismo cauce del río. Mi mente, excitada al ver tan gigantesca vegetación, está ocupada con la idea del poder de Dios, y mi corazón está enternecido de afecto hacia los fatigados indios, que hacen supremos esfuerzos y trabajan á porfía para salvar los precipicios y sacarme incólume de ellos, olvidándose de su propio peligro. Como el suelo está cubierto de gruesas raíces, la marcha de los hamaqueros es penosísima, forzosamente tienen que apoyar en ellas el desnudo pié; pisar entre los pequeños espacios que hay libres de ellas es imposible; en unas ocasiones se resbalarían los piés y en otras se hundirían, pues el piso del monte nunca está seco, como que nunca es oreado por el viento ni el sol. Las sanguijuelas lo mismo se encuentran por el suelo que por las ramas de los árboles, las que cuando se agarran bien á la carne, no se pueden quitar con la mano desnuda, pues se escurren entre los dedos: los indios para quitárselas de encima, echan mano á su *bolo*, y llevándole sobre el cutis á manera de navaja de afeitar, se las quitan, quedando la picadura, de la que brota abundante sangre; mas ellos, acostumbrados ya, no se preocupan por restañarla. Yo para librarme de semejantes insectos iba cubierto todo el cuerpo, y con mucho cuidado para que no se me posaran en el rostro, el que llevaba tapado con el sombrero para resguardarme además de los golpes que suelen dar las ramas contra la hamaca al tiempo de pasar, y es cuando las sanguijuelas se desprenden de las hojas y se posan en ella.

A eso de las cinco de la tarde llegamos á un río que llaman *Tignuan*, que es uno de los más caudalosos que se encuentran en todo el camino, y allí hicimos alto para pernoctar en una de sus riberas. Me pareció algo pronto, pues, aunque en el interior del bosque se veía poco, deseaba aprovechar el tiempo á fin de salir cuanto antes de la verde techumbre que nos cubría. Los indios me dijeron que si proseguíamos se nos haría de noche sin encontrar sitio algo despejado para podernos colocar con alguna comodidad, y que el tiempo que faltaba hasta anoecer, lo necesitaban para recoger hojas de *anajao* y palma-brava para hacer una pequeña cubierta con que podernos librar de la lluvia, que en el centro del bosque es casi continua. Accedí á sus indicaciones, y el indio que hacia de cabecilla distribuyó la

gente, destinando á éstos á buscar ramaje y construir una débil defensa para las lluvias de la noche, y á aquellos á cortar leña para hacer fuego y cocer la morisqueta. Marchó cada cual á cumplir su cometido, alegre y gritando en señal de contento. Es difícil explicar el afecto que en semejantes ocasiones se coge á los compañeros de viaje y sobre todo á los hamaqueros en cuyas manos casi lleva uno la vida, así es que su alegría no podía menos de redundar en contento mío. Por esto todos los religiosos antes de emprender un viaje semejante proveen con abundancia á los indios de comida, tabaco y *bufo*, para que estén contentos, como sucede siempre. Construyeron la choza en un momento, pues para esta clase de trabajo tiene el indio suma habilidad y ligereza. Colocaron la hamaca bajo la improvisada casa algún tanto elevada de tierra y amarrada á dos troncos de árbol para que me acostara en ella. El cauce del río es bastante ancho en este sitio, y está la mitad seco, y como no haya avenida es el sitio más alegre que en el monte se pueda encontrar; porque las ramas de las copas de los árboles de las riberas no se juntan y se ve el cielo, cuya vista consuela mucho después de haber pasado un día sin poderlo ver. ¡Qué será pasar la eternidad sin verlo! Paseé un poco para reanimarme, tenía todo el cuerpo entumecido por la incómoda posición en que forzosamente había estado en la hamaca, y encontré algún alivio por más que para caminar sea necesario ir saltando de piedra en piedra. De estas piedras está cubierto todo lo que es lecho del río, que se extiende á lo largo de dos murallas del bosque. Aquí se respira con más libertad, por lo mismo que se respira otro aire que en el interior del bosque, y no molestan los miasmas pútridos de las hojas de que está cubierto el suelo y que se hallan en descomposición. Los elevados montes que nos rodean nos privan del consuelo de ver el sol; mas las cumbres están coronadas de sus resplandores, que por momentos van perdiendo su brillo. Yo me consuelo con mirar al cielo, hacia donde dirijo la vista con aquella cariñosa ansiedad con que se mira á un querido amigo después de una larga ausencia. ¡Ahora es cuando comprendo cuánto le amo! Este camino andado por amor de Dios, es el más á propósito para llegar allá.

La luz del día ha durado lo suficiente para rezar según el Breviario algunas Horas canónicas. Me encuentro bastante descansado; la oscuridad de la noche casi de repente ha reemplazado á la claridad del día; el crepúsculo de la tarde siempre es breve en Filipinas, y necesariamente ha de serlo mucho más en la profundidad que resulta de la unión de las rápidas vertientes de dos elevados montes.

Las tinieblas de la noche nos han envuelto de tal manera, que nos es imposible ver objeto alguno; parece que hemos quedado sepultados en los abismos de la nada con todos aquellos objetos que tanto impresionaban á mi vista. La lluvia que comienza á caer me obliga á meterme en la hamaca, donde mientras se apodera de mí el sueño, siento el monótono é imponente ruido que hace la corriente de las aguas, unas veces aceleradas en las cascadas, girando sobre sí en las profundas hoyas, y otras veces detenidas algún tanto en los sitios más llanos, serpenteando siempre entre enormes piedras. Todo lo que tiene de agradable y majestuoso la naturaleza ha desaparecido para mí, y sólo me muestra lo que tiene de más espantoso é imponente, presentándose una se-

mejanza lo más viva que darse puede de las cavernas infernales. Agitada mi imaginación por tan indescriptible impresión, ni podía fijar mi consideración en Dios, como deseaba, ni podía olvidarme de Él. Así pasé la noche entre una melancólica y agitada vigilia, y un intranquilo sueño. Los indios formaron su cama extendiendo por el suelo, en derredor mío, unos leños por debajo de los cuales corría el agua que bajaba por la falda del monte, efecto de la lluvia; y á pesar de ser la cama más incómoda que he visto, durmieron con más satisfacción que otros en blandos colchones. ¡Qué felices en este mundo el hombre que no tiene aspiración alguna! Acostumbrados los indios á carecer de comodidades, hasta en la incomodidad hallan descanso. ¡Quién pudiera traer aquí, siquiera por un momento, á esas personas de los grandes palacios de Europa, á quienes no satisface ninguna de cuantas cosas ha podido inventar el ingenio del hombre para regalo y comodidad! Esas personas delicadas presenciarían aquí una prueba de que lo que más las atormenta son meras ilusiones, y que el hombre en este mundo queda más satisfecho con poco que con mucho. No hay regalo ni goce que pueda causar tanta satisfacción como el estar contento con su suerte. Los regalos y las comodidades engendran una sed que nunca se sacia, y por eso cuanto más goza el hombre, más intranquilo está, y suspira por nuevos goces.

Son las cuatro de la mañana; la gente permanece sumergida en un profundo sueño, bien quisiera yo no despertarlos; pero es indispensable, pues hay que encender fuego y cocer la morisqueta antes de que esté el día claro: tenemos que aprovecharlo para proseguir el camino. No es tan ligero el sueño de esta gente que con sólo voces pueda despertar, cogí de un brazo al más inmediato y éste despertó á los demás. Se levantaron más alegres y animados que se habían acostado; habían descansado bien, y se hallaban ágiles para volver á caminar. Una vez que los indios tomaron el desayuno, levanté los ojos al cielo y me despedí de él, no sabía cuándo le volvería á ver. El sol ya comenzaba á dorar con sus rayos las cumbres de los montes, y no obstante cuando entrámos en el bosque era poca la claridad que á nosotros llegaba. Faltaba lo peor del camino, los indios anticipadamente lo manifestaron para que no me extrañara; la hamaca iba tan perpendicular que yo iba de pié en ella; volvióse á oír, pero con más frecuencia, la triste voz de *Pramulia*; los esfuerzos de los hamaqueros eran grandísimos para que yo no recibiera ningún golpe grave, los leves eran indispensables. Me causaba admiración la ligereza con que trepaban y á la vez impedían la hamaca hacía arriba; todos llevaban un báculo en una mano que les hacía un gran servicio para apoyarse; en las vertientes muy rápidas es poco el lodo, y fijado el báculo entre las raíces impide el que resbalen. Llegámos á un punto tan difícil de subir, que me bajé de la hamaca, y subí por mi pié ayudado de dos hombres. Es imposible explicar la dificultad que este sitio presenta: es un arroyo cuyo cauce le forma la unión de dos elevados montes con vertientes tan rápidas que parecen perpendiculares; las grandes avenidas han llevado en pos de sí la tierra, y han quedado enormes piedras limpias, que con el barniz que crían con el agua están sumamente resbaladizas. En aquel sitio un solo peñasco, plano en la parte superior, deslizándose por él un grueso cristal de agua es el cauce del arroyo, for-

mando una cascada de unos catorce metros de elevación, y por este peñasco es indispensable subir, lo cual se hace muy despacio ayudándose unos á otros, y siempre con algún peligro. Después de esto continuaba el arroyo más accesible, y á fin de aliviar algo á los hamaqueros, algunos de ellos llevaban ya heridos los hombros, quise continuar á pié, pero apenas andaría diez minutos cuando no pude proseguir; para no caminar continuamente por el agua es necesario ir saltando de una en otra piedra y de un lado á otro; con calzado se resbala, y sin él se hiere los piés el que no está muy acostumbrado á andar descalzo. Como yo peso poco, uno de los hamaqueros más robustos me llevó un gran trecho en brazos.

Continuámos nuestro camino siempre cubiertos por el ramaje de elevadísimos árboles, subiendo y bajando cuestas, yendo la mayor parte del tiempo por medio de arroyos, hasta que al fin, en uno de éstos, se rasga de repente el verde toldo que nos cubre, y el sol nos envuelve con sus rayos de luz, y las olas del mar Pacífico, sucediéndose unas á otras con acelerado movimiento, se vienen hácia nosotros besando nuestras plantas. Una alegría indescriptible se apodera de mí al ver el cielo y la mar, y poder libremente esparcir la vista por espaciosos horizontes llenos de luz. ¡Qué admirable es la naturaleza cuando se la contempla lejos del bullicio del mundo!

¡Qué bien se está á solas con Dios!

¡Cuán majestuosas son las obras del Altísimo! ¡Qué bellas! Y tú, Bien mío, ¡eres... grande!! ¡Bendito seas!

Y esta espaciosa mar y este frondoso monte y este bello cielo decidle: ¡Bendito seas!

Y los peces de esta mar y las flores de este bosque y las aves de este cielo decidle: ¡Bendito seas!

Y las conchas que oculta esta mar, y el oro que oculta este monte, y los misterios que oculta este cielo decidle: ¡Bendito seas!

Y las olas de esta mar y la frondosidad de este monte y la brisa de este cielo decidle: ¡Bendito seas!

Y todas tus criaturas te amen con un amor más profundo que esta mar, más elevado que este monte y más puro que este cielo!

¿Quién pudiera morar aquí siempre lejos del tumulto del mundo engañador para alabarte día y noche? Almas inocentes, vosotras que enamoradas de Dios vivís suspirando por la soledad, venid aquí donde todo mueve á alabar al Altísimo, y construid vuestro nido junto al de la cariñosa y melancólica tórtola, y unid vuestro canto al himno que extasiada de amor la naturaleza continuamente tributa á su Hacedor.

Adelante, hijos míos, Dios está con nosotros.

Proseguímos por la playa unas tres horas, y llegámos al puerto de Binangonan. Este es un delicioso sitio. Hay una media docena de casitas, algunas de ellas internadas en el bosque. Domina á estas casas una torre de madera que se elevará unos diez metros, á la que llaman Castillo del Real. Desde aquí se domina con la vista la fértil isla de Polillo distante unas nueve millas. La isla de Polillo

«... es un canastillo

De flores, colocado airoosamente,
Sobre mil cerros, cuya verde falda,
Rodea el turbio mar con el anillo,
De filigrana de su espuma hirviente.

Esta isla es el nido de las aves,
Es el vivero fresco de los peces,
El abrigo amoroso de las naves,
Y el cariño del sol, que en el espejo
De las aguas templando su reflejo,
Ilumina su faz con tintas suaves.
Esta isla es un kiosko delicioso,
Que brinda con la sombra, la frescura,
El placer, el misterio y el reposo.»

(J. Z).

El puerto está solitario, sólo alguna barquilla le surca en que va ó viene algun indio del pueblo. Los indios que hay por aquí se vienen á mí á besarme la mano y ofrecerme pescado vivo recién cogido de la mar y algunas frutas, manifestándome un cariño especial, como sucede en todos los barrios que están lejanos de los pueblos y que por tanto ven rara vez á los sacerdotes. Las mujeres no se contentan con besar sólo ellas la mano, sino que quieren la besen tambien sus niños de pecho, para lo que aproximan sus tiernos rostros á la mano, echándose sencillamente á reir al ver que acaricio á sus hijos: tambien se aproximan algunos negritos salvajes de ambos sexos, por vestido sólo llevan una corteza de árbol pendiente de la cintura, y esto las mujeres, que los varones no gastan tanto lujo. Estos negritos que los indios tagalos llaman *dumagat*, á pesar de estar sumamente embrutecidos son muy dóciles los que habitan en estos próximos montes é isla de Polillo; en esta isla hay muchos cristianos y están más civilizados. Bajan con mucha frecuencia á los pueblos con cera, tabaco, bejuco y otros productos del monte, cambiándolo con los indios civilizados por arroz y otras cosas de que ellos carecen: ordinariamente no siembran y se mantienen de la caza y de la pesca: su casa ni por los honores de choza puede pasar, no es más que un haz de ramaje apoyado en el suelo por un lado, y por el otro en un palo de dos varas de alto; para resguardarse del viento la ponen en contra de él, variando así de posicion cuantas veces varía la direccion del viento.

Á fin de no llegar de noche al pueblo nos detuvimos poco en este punto que nos ofrecia algun descanso y comodidad. Pusieron en una banca la hamaca y en otra me embarqué yo con unos indios remadores. El tiempo es apacible, el sol brilla con todo su esplendor, de vez en cuando corre una fresca brisa que mitiga sus ardores y suavemente riza las aguas del puerto. Los indios de las dos bancas contentos y alegres reman á porfía; las bancas van á la par, ninguna cede; nadie las interrumpe su marcha, son las reinas del puerto, se hallan solas y nada se oye sino es el leve ruido que hacen los agitados remos. El panorama que se presenta á nuestra vista es delicioso.

El fondo de este puerto es en su mayor parte de madrepora y coral con calados tan caprichosos, que parece una aglomeracion de plantas, sobre las que peces de varios colores jugueteen y se esconden. Caminamos sobre unas tres varas del fondo y las aguas están tan claras y transparentes que se ven las variadas figuras del coral que se halla matizado por los vivos colores que hace la luz del sol al descomponerse en las aguas. Si me dejara llevar por la impresion de la vista, diria que las bancas suspendidas en el aire volaban, no navegaban; parecen dos aves que con ligero vuelo se dirigen al bosque.

Una muralla de bosque lo más caprichoso y variado que se puede imaginar, lleno de bonitas y raras flores, circunda el puerto, como marco labrado por la naturaleza y destinado á contener dentro de sí el cristalino y puro espejo de las aguas para que á solas se mire el sol y contemple su hermosura.

Las banquillas avanzan, toman la bocana del rio; estamos en alta marea, las aéreas raíces del *tangal* y del *bancao* están cubiertas por las aguas; el bosque parece un frondoso y bello jardín plantado en medio de un inmenso estanque. Los rios que en todas direcciones cruzan este paraíso flotante, son paseos de cristal que el sencillo indio surca tranquilo y feliz meciéndose en su pequeña y débil barquilla. No tiene el arte estudiados encantos con que poder remedar tanta belleza. El silencio tiene un secreto encanto que sólo se percibe en estas soledades, á las que comunica un atractivo que extasia y encanta: aquí enamorada el alma de la grandiosa majestad de la naturaleza se siente impelida por un secreto impulso que suave y dulcemente la eleva hácia Dios. Aquí lejos el espíritu del mundanal bullicio oye la voz de su Dios que habla al corazon, y el corazon enamorado de la dulce voz de su Dios se entrega sosegado y tranquilo á los deliciosos trasportes del divino amor. Este templo fabricado por la mano divina, cuya bóveda es el azulado cielo, cuyo pavimento son las cristalinas aguas, cuya lámpara es el resplandeciente sol y cuyos adornos son la más variada y bella vegetacion, es el más á propósito para adorar á Dios en espíritu y en verdad.

Estos rios y estos bosques nos recuerdan los cuatro caudalosos rios que regaban el paraíso de nuestros primeros padres. Si esto que no es más que una oscurecida imagen tiene tantos atractivos y tan poderosos encantos, ¿qué seria aquel jardín en que Dios hizo gala y ostencion de su poder? Y ¿cuál será la belleza del paraíso que tiene preparado para los justos en la otra vida?

Tres horas estuve gozando de tan admirable perspectiva, de cuya realidad nunca imaginada de mí me costaba trabajo convencerme; me parecia una ilusion halagüeña acariciada por mi imaginacion. El rio cada vez se estrecha más, y en muchos sitios las copas de los árboles de una y otra orilla se unen, bajo cuya sombra percibe mejor la vista como corren las aguas por el interior de este raro jardín en el que únicamente se ven árboles y agua, y por el que nuestra débil barquilla pasea serena y tranquila cortando las frágiles aguas y grabando en ellas fugaz estela.

Nos despedimos de nuestro encantado jardín y de las puras aguas que le bañan; nuestras barquillas han atracado; estamos en el desembarcadero en el que se encuentra una cubierta de nipa para poder descansar y guarecerse de las lluvias ó de los rayos del sol. ¡Qué hermosa campiña se presenta á la vista! Un extenso y verde campo en el que de trecho en trecho hay casitas de indios al pié de esbeltos cocoteros que impelidos por el viento mecen sus elevadas y graciosas copas, es el paisaje que por primera vez se agrupa á mi vista que embelesada con tanta belleza no puede fijarse en particular en objeto alguno.

Como una hora caminamos gozando de ver tan hermosa campiña cuando llegamos al pueblo de Binangonan de Lampon, el cual nada tiene de particular sobre los demás pueblos de Filipinas, sino es el estar casi in-comunicado, y por lo que el europeo que se ve obligado á morar en él por mucho tiempo, sólo aprovechándose

de la gracia de Dios no se aburre. ¿En qué consiste esto? He conocido á personas de talento sabedores de lo que en general es el país, y he notado no comprenden bien los efectos de la soledad que hay para el europeo en estos pueblos aislados. Sólo la experiencia lo puede enseñar. Hay cosas que afectan al corazón, y cuando el propio corazón no siente, la inteligencia del hombre no las sabe apreciar.

FR. MACIANO MARTINEZ.

Manila, 28 de febrero de 1885.

UN CARDENAL PIDIENDO LIMOSNA.

TODO el mundo conoce la conducta del Gobierno francés contra la Religión y los Jesuitas bajo el poder de Gambetta y Ferry. Pero lo que no se puede comprender es que la persecución no haya respetado al menos los trabajos llevados á cabo por S. Emma, el reverendísimo Cardenal Arzobispo de Argel; trabajos que, si bien son en favor de la Religión, no favorecen menos el bien y la prosperidad de las colonias francesas. La carta que este dignísimo Prelado ha escrito al Director general de las Obras católicas de Oriente nos da á conocer el triste estado á que abandona la Francia la perla de sus posesiones. Hé aquí dicha carta.

«Señor Director:

«Usted conoce el golpe terrible dado á las obras de mi diócesis, y por consiguiente á todo el territorio de Túnez y al Ecuador africano. Hemos visto suprimir ó disminuir sucesivamente los socorros que el Gobierno francés destinaba á los edificios diocesanos, á la construcción de iglesias, á la paga de los capellanes del ejército y á subvenir á las necesidades de los Obispos; para cerrar este triste número de iniquidades ha recurrido á un golpe más funesto aún, á la supresión de las pensiones de nuestros seminarios. La formación de un clero francés resulta, pues, imposible, porque ese clero está suprimido en principio en toda el África del Norte.

«Lo más sensible es que no se han encontrado, no motivos, pero ni tan sólo el menor de los pretextos que justificase dichas medidas. Y sépalo el mundo entero, no hay sacerdotes más fieles á su misión santa, que se ocupen menos de partidos, y más fieles á Francia, que los de Argel.

«Los que conocen este país, saben lo funestas que son para nuestra influencia las manifestaciones públicas de la impiedad. Los musulmanes se aprovechan de esas manifestaciones para despreciarnos, y los extranjeros se extrañan de la conducta que se sigue, que lejos de inspirarles simpatías y confianza los aleja de nosotros.

«En medio de tales circunstancias, ni siquiera puedo exponer mis justas quejas, como lo pueden hacer mis venerables hermanos en el episcopado, porque en Argel no se puede pedir un concurso vista la situación precaria de nuestras colonias.

«Hace dos años cuando otras leyes injustas nos amenazaban, os decía: «Quieren entristecer nuestro patriotismo, pero no triunfarán; prometemos estar en el puesto del honor donde la Iglesia nos ha colocado después de solicitarlo la Francia, y en ese puesto de honor estaremos firmes aunque sea necesario hacer

«los más grandes sacrificios, á fin de servir con nuestro «ministerio de caridad, de conciliación y de paz, para «el bien de la religión y de nuestro país.

«Y si los socorros materiales nos faltaren un día, «tendremos el apoyo de la justicia y de la generosidad «del mundo cristiano. Porque aún me encuentro con «fuerzas para tomar el camino del pordiosero.

«San Pablo lo hizo por la iglesia de Jerusalén, también lo haré yo por la iglesia de Cartago, aunque anciano obispo y cardenal que soy; el pan que yo pediré para mis sacerdotes será el de la caridad, pero al menos no serán víctimas de la intolerable amargura con que se les paga, en premio de los sacrificios que ellos «hacen.»

«El momento de cumplir mi palabra ha llegado.

«Es cierto que de dos años acá mi salud está muy quebrantada, y que mis fuerzas están ya agotadas; pero prefiero morir de fatiga, si es menester, recorriendo los largos y penosos caminos de la Argelia, á morir un día de vergüenza por haber dejado suprimir ante mis ojos el clero francés de África por mis indecisiones, por mis debilidades ó por mi cobardía.

«Anuncie, pues, V. á sus asociados que voy á comenzar mi viaje; dígaless V. que anciano y quebrantado por mis largos trabajos, más que por la edad, yo iré muy pronto á pedirles la limosna de la caridad por el amor que tengo á Dios y á la Francia. Usted mismo pida en mi nombre, á los que conservan estima á las antiguas tradiciones de la patria.—Carlos, cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago y de Argel.»

Esta carta no necesita comentarios; el público conocerá que en ella el verdadero patriotismo va unido al amor á Dios y el celo por la salvación de las almas. Que Dios bendiga al venerable Cardenal de Argel, y que la caridad cristiana venga á consolar el corazón del Apóstol de África.

Leemos que el mismo cardenal Lavigerie, después de haber dirigido una alocución en la iglesia de San Felipe de Roule á un numeroso auditorio, ha hecho por sí mismo la cuestación para sostenimiento del clero y atenciones religiosas en África; la colecta ha sido abundante. Dentro de algunos días emprenderá su marcha para el Norte de Francia, siempre predicando y pidiendo limosna.

Hablando de la solemne recepción que el Gobierno inglés ha hecho á Mons. Buhadgiar, el nuevo administrador apostólico de Malta, un diario de París se expresa en estos términos:

«Esta muestra de deferencia dada por un Gobierno protestante á un Prelado católico, ¿no merece ser notada? Y al notarla, ¿no es cosa de fijarse también en la política de nuestra Cámara, que procura á todo trance poner al cardenal Lavigerie en la imposibilidad de seguir en Túnez y Argel su obra de propaganda? Los ingleses han comprendido que en los países de Oriente la Religión es el más poderoso medio de influencia nacional, y ellos proceden con arreglo á este principio, mientras nosotros nos entretenemos en escatimar los sueldos de los Obispos de Argel. El auxiliar del cardenal Lavigerie hace una entrada triunfal en Malta. El Cardenal viene á Francia á pedir á la caridad privada el dinero que el Tesoro público le niega.»

Verdaderamente es digno de notarse el contraste entre uno y otro Gobierno.

LAS HERMANAS

DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ORAN.

UNA de las cláusulas del famoso testamento de Isabel la Católica era la recomendación á sus sucesores para llevar al Africa la influencia española. El ilustre Cisneros cumplió esta cláusula con la conquista de Oran en cuya populosa ciudad admiranse aún las obras de fortificación emprendidas por el insigne Arzobispo de Toledo, quien además fundó allí una parroquia de su arzobispado. España tiene en aquella colonia un inmenso pueblo que se está quedando sin fe, sin moralidad, sin civilización por falta de enseñanza religiosa. Las Hermanas de la Compañía de santa Teresa son las que sacrificando sus afecciones hácia el país que las vio nacer, han ido á llevar los auxilios de la enseñanza cristiana á los seres más desgraciados, á las huérfanas hijas de España.

Inapreciable es el bien que hacen en aquel país las discípulas é hijas de la mística Doctora: como la Santa arden en deseos de sacrificar su vida en aras de la Religión, y han ido á verificar este sacrificio en pró de sus hermanos y del huérfano expatriado. Esta institución y las buenas obras que han de seguirse de ella eran reclamadas por la necesidad; pues son más de 80,000 personas las que forman la población española de Oran y de su alrededor. Sería, sin embargo, ineficaz si no se las auxiliase con los recursos que necesariamente exige su mantenimiento y el de las escuelas que estén á su cargo y la construcción de una iglesia administrada por sacerdotes españoles.

Bien merece tan excelente obra los auxilios, aun no suficientes, con que ha sido socorrida por algunos pocos católicos de Barcelona, Mataró, Valencia, Cartagena y Oran. Es el más bello rasgo de caridad y patriotismo que puede ofrecerse á un corazón generoso el dilatar las fronteras del reino de Jesucristo entre sus hermanos de la patria y en un país de infieles. Unirse á las Hijas de santa Teresa en tan ardua misión por medio de limosna, coadyuvar á esos ángeles de paz, es sublime, es el mejor empleo que se puede dar á las riquezas de la tierra.

La persona ó familia que en favor de tan señalada é interesantísima obra de caridad cristiana quiera contribuir con algun donativo, ó por una sola vez, ó por suscripción, segun su voluntad, puede remitirlo al reverendo Cura-párroco de Nuestra Señora de Belen.

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

IV.

SE ha hecho más urgente la difusión de esta Obra en todos los pueblos cristianos desde que la mano rapaz de los liberales italianos se ha apoderado contra toda ley y razón de los bienes que constituían en Roma el patrimonio destinado por las donaciones de los fieles á objeto tan recomendable.

Á propósito de lo cual se ha dejado oír de nuevo hace poco el grito lastimero del Prefecto general de la *Propaganda fide* que se ha dirigido á toda la cristiandad en demanda de auxilios con que suplir el patrimonio depredado, y poder así continuar con el desahogo de antes la empresa glorificadora de Dios, salvadora de

almas y civilizadora de pueblos, que se llaman Misiones católicas. Oigamos este llamamiento hecho por quien tiene voz y autoridad las más respetables para recabar con él de los corazones hidalgos la cooperación material y moral que se necesita.

«En medio, dice, de tan grandes angustias y amarguras que desgarran el corazón de todo buen católico en Italia, hay á lo menos el consuelo de que en países extranjeros no faltan piadosas asociaciones que con verdadero celo y asiduas fatigas compiten en ayudar la sublime obra de la conversión de los pueblos á la verdad del Evangelio. Una de ellas, la más imponente sin duda, es la de la Propagación de la fe, la cual, aun á pesar de las tristísimas alternativas actuales de Francia, hace al efecto esfuerzos verdaderamente prodigiosos, recogiendo no menos la rica ofrenda del opulento, que el óbolo del humilde hijo del pueblo. Mas, mientras ésta se complace en el aumento maravilloso que toma el movimiento de las Misiones y en la continua erección de nuevas iglesias á cargo de la Propaganda, siente un vivo disgusto por no poder proporcionar suficientes dotaciones para su sosten y desarrollo.

«Las Procuradorías fundadas por la sagrada Congregación en varias partes del mundo han empezado ya á recibir mandas y legados, pero que no bastan todavía á socorrer las extraordinarias necesidades cotidianas, en que se ve ella precisada á emplear quizás los mismos nuevos capitales que libremente administra fuera de Italia.

«Hé aquí los motivos que me obligan á poner en conocimiento de los cristianos la difícil situación de esta Institución, y exhortarlos vivamente á poner en práctica con el mayor empeño las colectas para las Obras pías de la Propagación de la fe, ya mencionada, de la santa Infancia, de las Escuelas de Oriente y demás asociaciones instituidas con semejante objeto, y también, por lo que mira á los más opulentos, á consagrar generosamente una parte de sus ricos patrimonios á la más noble y santa de las causas, cual es la de la fe y de la civilización.

«Ante el movimiento actual puede decirse con toda evidencia, que, levantando los ojos, se ven blanquear las nuevas y vastas regiones con una mies abundante, para la cual son insuficientes los obreros y escasos los medios para sostenerlos. Sólo la piedad de los fieles y el amor á la propagación de la civilización cristiana puede acudir en auxilio del sublime ministerio del apostolado y hacerlo triunfar en la tierra.»

Esta es la voz de la Iglesia misma por medio de su más autorizado representante en este ramo, y habla con mucha mayor elocuencia de la que nosotros pudiéramos emplear.

Por de pronto en Barcelona se ha emprendido con el celo que todos sabemos la *Obra de Mindanao*, similar, ó por mejor decir, parte integrante de la Obra general de la Propagación de la fe, y públicos son los envíos en dinero y efectos con que de continuo se socorre desde nuestra ciudad á esta porción importantísima de las Misiones de Filipinas. Esto consuela en gran manera, pero indica á la vez la importancia que podrían llegar á adquirir en nuestra opulenta y generosa capital estos auxilios el día que se generalizase más y más la idea y se ensanchase, por decirlo así, más y más el campo de operaciones.

Réstanos para concluir este breve bosquejo de una de las Instituciones más fecundas del presente siglo, indicar aquí someramente la multitud de gracias espirituales con que la ha enriquecido la Iglesia, como si quisiese con esto acabar de mostrar á los fieles cuál sea la excelencia de ella y la importancia principalísima que concede á un trabajo de apostolado.

Pródiga, en efecto, se ha mostrado la mano de los Pontífices en favorecer la *Obra de la Propagacion de la fe* con el caudal de sus más ricos dones y privilegios. Léase sino el resumen que transcribimos á continuación:

INDULGENCIAS DE QUE PUEDEN PARTICIPAR TODOS LOS ASOCIADOS.

I. PLENARIAS.—1.^a 3 de mayo.—Fiesta de la invencion de la Santa Cruz (Fundacion de la Obra).

2.^a 3 de diciembre.—Fiesta de san Francisco Javier. (Patrono de la Obra).

3.^a 25 de marzo.—Fiesta de la Anunciacion.

4.^a 15 de agosto.—Fiesta de la Asuncion de la santísima Virgen.

5.^a Dos dias de cada mes á eleccion de los asociados ó cualquier dia de la octava de estas festividades.

6.^a Una vez al año.—El dia de la Conmemoracion general de todos los asociados difuntos.

7.^a Una vez al año.—El dia de la Conmemoracion especial de los asociados difuntos del Consejo, de la centuria ó de la decena de que pueda uno ser miembro.

8.^a En el articulo de muerte invocando el santo Nombre de Jesús, á lo menos con el corazon.

9.^a Privilegio de altar privilegiado por toda Misa dicha en nombre de un asociado, por el alma de otro asociado difunto.

Los niños que todavía no hayan hecho su primera Comunión podrán ganar estas indulgencias, haciendo en lugar de la sagrada Comunión, cualquiera obra meritoria que les designe su confesor.

II. Parciales.—1.^a 300 dias cada vez que cualquier asociado asista al triduo del 3 de mayo y del 3 de diciembre.

2.^a 100 dias cada vez que cualquier asociado rece el Padre nuestro y el Ave María con la jaculatoria á san Francisco Javier.

3.^a 100 dias cada vez que cualquier asociado haga cualquiera obra de piedad ó de caridad en favor de las Misiones.

Todas estas indulgencias, tanto las plenarias como las parciales, son aplicables por las almas del purgatorio.

GRACIAS PARTICULARES CONCECIDAS Á ALGUNOS ASOCIADOS.

1.^a Todo sacerdote que en el año haya remitido á la Caja de la Obra una suma de 260 pesetas, ya sea que esta cantidad haya sido recogida por él, ó que le haya sido entregada, ó que provenga de su generosidad. Y todo sacerdote que en el año haya remitido á la Caja de la Obra una suma que á lo menos represente el producto de 8 suscripciones (20 pesetas y 80 céntimos) por cada centena de almas de la parroquia en que resida, ó del Centro que dirija, sea cual fuere la procedencia de la suma dicha, tiene derecho:

1.^o A la gracia personal de altar privilegiado, dos veces por semana.

2.^o Tiene poder para aplicar las siguientes indulgencias:

Á los fieles que estén en artículo de muerte, indulgencia plenaria.

Á las cruces, estampas y medallas, las indulgencias apostólicas, y á los rosarios las indulgencias llamadas de santa Brígida.

Todo sacerdote que en el año haya remitido á la Caja de la Obra una suma que á lo menos represente el producto de 1.000 suscripciones (2.600 pesetas), sea cual fuere el origen de esta cantidad:

1.^o Tiene los mismos privilegios que los sacerdotes colectores de 100 suscripciones, ó de 8 suscripciones por cada centena de almas.

2.^o Tiene la gracia personal de altar privilegiado, cinco veces por semana.

En el caso que las sumas que tengan que recogerse estuvieren por el momento incompletas, Su Santidad prorroga los poderes del sacerdote que haya hecho la entrega íntegra del año precedente, hasta el fin del ejercicio del año corriente.

3.^o Los sacerdotes miembros de un Consejo ó de una Junta encargados de velar por los intereses de la Obra, participan de los mismos privilegios que los sacerdotes colectores de 100 centenas.

Á los fieles que por suma pobreza no puedan dar los 5 céntimos de peseta semanales, otorga el Papa la participacion de iguales gracias con tal que den lo que puedan segun su conciencia y practiquen las demás obras prescritas.

¿Qué mayores estímulos puede necesitar una alma verdaderamente fervorosa para asociarse á una Obra en la cual tan admirablemente se juntan la mayor gloria de Dios, el mayor bien que podemos proporcionar á nuestros hermanos y el mayor tesoro de gracias con que podemos enriquecer nuestras propias almas?

Tal consideracion fué la que nos indujo á publicar sobre esta materia estos sencillos articulejos.

F. S. y S.

CRÓNICA.

España.—Hace cuatro años que un compatriota nuestro, el Rdo. Catá, secundado por una Junta de Señoras de Barcelona, acometió la colosal empresa de implantar en Africa algunas instituciones nacionales de enseñanza cristiana, con que sostener las creencias católicas y las buenas costumbres de los 80,000 españoles que residen en las fronterizas costas, abandonados de la madre patria.

Hoy podemos hacer público que los esfuerzos de aquel digno sacerdote y el celo piadoso de la expresada Junta han obtenido ya resultados satisfactorios, aunque insuficientes, atendida la importancia del objeto y de las obras proyectadas. Es ya un hecho que los españoles tenemos en Oran un vasto edificio en el que se han instalado las siete Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús que partieron de Barcelona para aquel punto hace unos cuatro meses. El edificio consta de dos dormitorios, una sala de recibir, un salon para el obrador que puede contener unos setenta alumnos; hay además un jardín de 1,000 metros cuadrados de extension, el refectorio y otras habitaciones ó dependencias indispensables en esta clase de establecimientos.

Tales son las obras llevadas á cabo por la Junta de Señoras de Barcelona, las cuales sienten no haber tenido recursos suficientes para asegurar la subsistencia de las siete Religiosas y para la construccion de una capilla que es de imperiosa necesidad en aquella colonia.

Abrigamos la esperanza que esta vez el Rdo. Catá no regresará á Oran sin que las personas acaudaladas de Cataluña le presten su valioso apoyo para el mantenimiento de las Religiosas encargadas de dirigir aquel Obrador y para la ereccion de la conspirada capilla donde el sacerdote español pueda distribuir en su propio idioma el alimento de la divina palabra á tantos compatriotas hermanos nuestros que piden allí el saludable pasto del Evangelio y espiritualmente mueren de hambre!!

Entre tanto la imagen de la Purísima Concepcion, regalo de las Hijas de María de esta capital, ha sido expuesta á la pública veneracion en una de las habitaciones del citado edificio, y contribuye á la difusion del culto de la santísima Virgen, objeto primordial de las Señoras que se asocian bajo la advocacion de la Corte de María en Africa. Las Hermanas de santa Teresa con su virtud, instruccion y caridad admirable ilustran y edifican no sólo á los cristianos, sino á los mismos infieles. El Obrador sirve para que buen número de jóvenes cristianas y españolas aprendan á ganarse el sustento honrosamente evitando el ir á trabajar en los talleres de los judíos ó de los renegados.

Nuestros infelices compatriotas de Oran empiezan á sentir las dulces influencias de la madre patria, gracias



EGIPTO.—Entrada de los misioneros en el convento de San Antonio del desierto. (Pág. 214.)

á la generosidad de las señoras de Barcelona y al celo inquebrantable del Rdo. Catá.

Que este digno sacerdote, como tambien las piadosas señoras que le secundan en tan laudable empresa, vean pronto coronados sus esfuerzos con la ereccion de una capilla servida por los sacerdotes españoles que evangelicen á nuestros hermanos diseminados por aquellas regiones, y así preparen la conversion de los infieles.

Una Comision de señoras de la expresada Junta se propone pasar á domicilio para recoger las limosnas de los bienhechores: los que prefieran entregarles anticipadamente, pueden enviarlas al señor Cura párroco de Belen, ó al Rdo. Catá, calle de San Severo, número 1, piso 2.º

Pondichery (Indostan).—«La primera visita pastoral del Ilmo. Gandy, escribe el P. Prieur, ha sido al Sud del vicariato. En todas partes donde habia un grupo bastante considerable de cristianos, se empezaba una Mision. Tres veces al día reuníamos los fieles en la iglesia. Los indios son niños grandes; mientras se habla á su corazon hay que ofrecer á sus ojos alguna pompa inusitada. Así es que desplegábamos toda la solemnidad posible. A las cuatro de la mañana se empezaban á hacer disparos de morteretes, y luego una música compuesta de *tam-tams*, trompetas, clarinetes, etc., recorría todas las calles del pueblo para despertar á todo el mundo con la estrepitosa zambra. Momentos despues, la iglesia estaba llena, y se comenzaban las oraciones de la mañana, la misa y una instruccion. A las nueve

segunda instruccion, mostrándoles cuatro grandes cuadros cuya vista y explicacion producian notable efecto. Por la noche, despues del *Angelus*, nuevos disparos de morteretes, y la música recorria por última vez las calles. Todos volvian á la iglesia, rezábase el Rosario, y despues de una instruccion se daba la bendicion con el Santísimo. Cuando durante ocho dias se habia removido así á los cristianos, producíanse en ellos maravillosos frutos de salvacion. Todos querian confesarse, y con frecuencia me hizo derramar lágrimas al ver el dolor con que aquellas buenas gentes se golpeaban el pecho acusándose de sus faltas. Así cuando les hacia renovar las promesas del bautismo, desde todos los ámbitos de la iglesia me contestaban con voz fuerte y unánime que renunciaban al demonio y á sus pompas.

«Estas Misiones producen un bien inmenso en nuestros cristianos. De esta manera hemos evangelizado más de 35,000 hombres. He presenciado ejemplos admirables de su fortaleza de alma. Véase un rasgo de ello.

«En cierto pueblo los idólatras, en ocasion de una fiesta pagana, dieron orden á los cristianos sus subordinados para que tomasen parte en la fiesta. Los cristianos contestaron:

«—Somos hijos de Dios, y no podemos venir.

«Furiosos los paganos, acudieron con palos, creyendo que intimidarian á los cristianos con malos tratamientos; mas los neófitos se echaron de rodillas en la calle y dijeron á sus perseguidores:

«—Herid, matadnos; pero participar en las ceremonias del diablo y hacer injuria á nuestro Dios, eso nunca lo lograréis.

«Los paganos se retiraron sin atreverse á insistir. Pudiera citaros muchos otros ejemplos que os demostrarían que nuestros cristianos no hacen mal papel en la santa Iglesia de Dios.

«En muchas localidades los fieles vinieron solemnemente á saludar al Obispo y darle gracias por los beneficios que les dispensaba. Llegaban sucesivamente, llevando cada pueblo una música, y haciéndose preceder de dos ó tres danzantes que ejecutaban los bailes y saltos más curiosos, todo para dar más solemnidad á su visita. En seguida se arrojaban todos á los pies del Obispo, deponiendo algunos frutos, un poco de azúcar, arroz y á veces un carnero como prenda de su sumision y buena voluntad.

«Despues de seis meses transcurridos en esos penosos ejercicios el venerable Prelado descansó dos meses en Pondichery, y luego hicimos una nueva expedicion en la parte del Norte, en las Misiones telingales, donde fuimos tambien testigos de muchos rasgos edificantes.»

Vizagapatam (Indostan).—El P. Dupont, misionero salesiano, escribe recientemente que acaba de comprar en Catinga un terreno para una iglesia y casa rectoral. El rajah inferior del distrito se mostró muy hostil á esa instalacion, y aun juró arrancarse los bigotes si no lograba expulsar al misionero. Pero los habitantes aman al sacerdote y confian en él, acudiendo á su casa, aun desde lejos, para toda suerte de enfermedades: el temor va disminuyendo, y el número de nuestros discípulos aumentando. Muchos pueblos están dispuestos á recibir al misionero, y se han establecidos ya acuerdos con jefes de poblaciones para empezar á construir iglesias luego que termine la estacion de la lluvia.

Noticias varias.—En el convento de San Vicente de Paul de Londres acaba de morir una Hermana de la Caridad, sor María.

Esta humilde religiosa, vestida con el tosco sayal de las que por amor de Dios se consagran á remediar las miserias de sus semejantes, era nada menos en el mundo, del que se retiró en la flor de su edad, que la princesa Caraffa.

—La gran cruz erigida sobre la cubierta de la nave que ha conducido los peregrinos franceses á Tierra Santa ha sido trasportada á Jerusalem. Los peregrinos siguieron el *Via Crucis* el día de la Ascension con gran recogimiento y mútua edificacion. Llevaron en sus hombros esta misma cruz desde la primera estacion del *Via Crucis* hasta el Calvario, atravesando toda la ciudad. El Rdo. P. Federico, vicario de la custodia de Tierra Santa, ha dirigido la palabra á los peregrinos en cada una de las diversas estaciones, causando impresion profunda en la poblacion y grande entusiasmo. En el Santo Sepulcro tuvo lugar una espléndida ceremonia. La fe extraordinaria que se advierte en todos los peregrinos, es el carácter especial de esta peregrinacion. El sábado siguiente se dirigieron los peregrinos á Belen, y pasada ya la noche del sábado oyeron la Misa en la gruta de la Natividad.

Unos cien peregrinos se han dirigido al Jordan. Por lo general gozan de buena salud, pero están sufriendo calores extraordinarios.

—El Dr. Guson, uno de los predicadores más estimados en la Iglesia episcopal anglicana del Estado del Milwaukee, se ha convertido.

La conducta ejemplar de este pastor, sus costumbres austeras, su amor á los pobres, su caridad para con los enfermos y desgraciados en general, le habian preparado para recibir la gracia de la conversion, que se efectuó durante la enfermedad de que se sintió acometido en Menfis, donde cuidaba á las víctimas de la fiebre amarilla, y donde á su vez ha sido cuidado por las Hermanas de la Caridad.

Al levantarse de la cama, dedicóse á leer los libros sagrados, y algun tiempo despues declaraba que era católico.

Está camino de Inglaterra, y su propósito es pedir á la Compañía de Jesús que le admita en su seno.

—La Rusia hace practicar en Jerusalem excavaciones, que dan en la actualidad importantes resultados. Los historiadores estaban divididos, considerando unos que el Gólgota (colina donde fué crucificado nuestro Señor Jesucristo) se encontraba dentro de las murallas de la moderna Jerusalem, y afirmando otros lo contrario. Los trabajos rusos acaban de descubrir la muralla antigua y la puerta de la *calle de la Amargura*, por la cual el Salvador del mundo salió de la ciudad para ir al suplicio; de donde resulta que el Calvario y el Santo Sepulcro estaban verdaderamente en el mismo lugar que han venerado siempre los cristianos. Una vez más nuestros Libros sagrados encuentran su confirmacion en los adelantos de la verdadera ciencia.

—Hace poco tiempo la mitad próximamente del vecindario de una aldea populosa, Fargania (Siria), abjuró los errores del cisma de Focio, convirtiéndose al Catolicismo, y recientemente, gracias al celo del ilustrísimo Haggiar, arzobispo griego católico y á los Padres Basilio de San Salvador, la otra mitad del vecindario del mismo pueblo ha entrado en el seno de la Iglesia

católica; debiendo advertirse que en esta otra mitad están las personas acomodadas. Estas conversiones por grupos de familias recuerdan las de los tiempos apostólicos, y compensan las apostasías casi nacionales que con dolor contemplamos en la vieja Europa, tan orgullosa de su civilización, que lo que tiene de buena lo debe exclusivamente á la Iglesia.

—El *Figaro*, de París, publica una interesante relación de los sufrimientos de los misioneros y religiosos que se hallaban en Jartum cuando el Madhí se apoderó de la plaza. Como el Corán prohíbe la virginidad, se quería obligar á las religiosas á casarse, y sólo se salvaron porque los mercaderes griegos dijeron que eran mujeres suyas. Las impresiones del misionero escapado son que el Madhí no conservará su poder por mucho tiempo.

—Según dice un periódico árabe, el *Mubachir*, se cuenta en Dongola que el Madhí y su rival Sidi-Muley han enviado emisarios al gran jefe de la hermandad religiosa de los Senussis, rogándole que vaya á Obeid, capital del Kordofan, para decidir cuál de los dos es el verdadero Mesías. Si su edad ó una indisposición le impiden hacer este viaje, se le ruega que envíe á uno de sus confidentes ó que dé su decisión por escrito, en la seguridad de que todo el Kordofan se conformará con su elección. Es dudoso que el jeque de Senussis, que considera á los Madhís como competidores suyos, quiera decidirse por ninguno. Hasta se dice en Beughazi que ha cambiado de residencia, para no recibir á los mensajeros de los dos Madhís.

—La Sociedad de Misiones extranjeras de París acaba de publicar la estadística de sus trabajos apostólicos del año 1884. Evangelizan especialmente estos misioneros la China, el Tung-king, la Cochinchina, el Japon y las Indias. Han bautizado 17,898 paganos adultos, 32,694 hijos de cristianos, y 193,164 hijos de paganos que estaban en el artículo de la muerte, y que han sido de este modo llevados á la eterna bienaventuranza. El número de católicos de estas Misiones es de 861,000, mientras que los herejes sólo cuentan 19,000 adeptos, y éstos sólo están en poblaciones como Canton y las Indias inglesas; pero la población pagana excede de 210 millones de almas. Los misioneros se multiplican para predicar el Evangelio en estas vastas regiones. Hay 29 obispos y 668 misioneros. Los sacerdotes indígenas sólo llegan á 421, número muy pequeño para atender á la conversión de la inmensa multitud que vive en las tinieblas de la idolatría. Ayudan á los misioneros más de 2,000 catequistas. Hay además 35 seminarios con 1,600 alumnos, esperanza para lo porvenir, y más de 2,000 escuelas y asilos de huérfanos, donde se educan 46,000 niños. ¡Ojalá los cristianos de Europa, comprendiendo los deberes que la fe les impone, acudan generosamente en auxilio de los misioneros!

—Una ceremonia curiosa se ha verificado recientemente en Travancor (Indostan). El maharajah se ha hecho pesar con oro puro, del cual hizo donación en seguida para obras de caridad. Esta es una costumbre antigua conocida con el nombre de *Tulabkara*, que se practica en Travancor desde el siglo IV. También se practica en otros puntos de la India, aunque el oro no sirva de contrapeso más que para personas ricas. Las menos acomodadas se contentan con hacerse pesar contra especies ó granos. El maharajah pesaba un poco más de nueve *stones*; el *stone* equivale á 6 kilos 490 gramos. Los bra-

mines querían aplazar la ceremonia, esperando que el maharajah llegaría más adelante á pesar tanto como su padre. Este no cumplió la ceremonia hasta que llegó á la edad de cuarenta años, cuando pesaba 14 *stones* y tres cuartos.

VIAJE EN EL DESIERTO DE LA BAJA-TEBAIDA

Á LOS CONVENTOS DE SAN ANTONIO Y DE SAN PABLO,
POR EL P. MIGUEL JULLIEN,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, RECTOR DEL COLEGIO
DE LA SAGRADA FAMILIA, EN EL CAIRO.

V.

EL SANNUR.



ARTIMOS al amanecer en dirección del Este. Al frente tenemos una llanura árida, que termina en unas colinas ferruginosas; al Norte se ve la montaña de la piedra marcada (Hajar-Mussum). En esta llanura no hay verdor; sólo de vez en cuando los camelleros cogen algunas rosas de Jericó (Anastatica Hierochuntina), pelotas grises que apenas se distinguen de las piedras que cubren el suelo.

Al cabo de tres horas de marcha, á las nueve, alcanzamos las colinas y bajamos al *uadi Sannur* (valle del gato), cuyas colinas forman la ladera occidental.

El *audi Sannur* presenta el aspecto de un ancho torrente seco y dirigido del Nordeste al Sudoeste. No nos alegró poco encontrar allí algo de verdor y aún en dos huecos de peñascos cierta cantidad de agua, resto de una última lluvia. A lo lejos divisamos un rebaño de cabras guiadas por dos beduinos que huyen cuando nos acercamos. Son los primeros seres vivientes que encontramos desde nuestra partida de El-Miah. Nos detenemos en un peñasco de la orilla oriental. Los camellos, después de apagar su sed, se van á lo lejos á ramonear las hierbas de su predilección. Hay allí plantas horriblemente espinosas, como la *zylla myagroides*, compuesta de florecitas violadas; como el *sanchus spinosus*, cerraja arbusto, etc. Diríase que los camellos las prefieren á todas las demás. ¿Quién sabe si estas terribles espinas, que debieran ensangrentar sus labios, son á su paladar un agradable estimulante á la manera de la pimienta? Parece gustan también mucho de las plantas saladas, comunes en los arenales de Egipto.

Paseándose por el valle, el Ilmo. Sogaro descubre en la opuesta margen, algo más abajo del peñasco, un banco de mariscos fósiles de un metro de espesor, cubriendo más de una hectárea. Este banco está compuesto especialmente de enormes ostras y otros mariscos bivalvos, de 30 á 40 centímetros de largo, sumamente espesos.

Más al Norte, en la misma orilla, encontramos en la arena gran cantidad de madera petrificada, cuya superficie está colorada de violeta por óxidos de hierro. En el lecho del torrente recogemos algunos de esos bellos pedazos de sílice de capas concéntricas y de todos colores conocidos con el nombre de *onyx de Egipto*.

A las tres proseguimos la marcha. Al salir del *uadi* vemos al frente, en el Este y á lo lejos el monte Keleil, línea de colinas de mediana altura, dirigida de Norte á Sur: y detrás la cordillera paralela, mucho más elevada, del Galala meridional, cuya cima más culminante es el monte Colzim. Esta cima del Colzim, situada casi exac-

tamente á Levante, será el punto de mira que guiará nuestra ruta, pues el convento de San Antonio está al pié.

VI.

CAMELLEROS Y CAMELLOS.

En esas largas travesías por el desierto tiene un tiempo de trabar conocimiento con sus camelleros. Esta vez no me entretendré en hablar mal de ellos, pues creo que es raro encontrarlos menos incómodos. Son parientes; los camellos son suyos; sus viajeros están acostumbrados á la paciencia, y les dan café mañana y tarde. Todo esto constituye buenas condiciones. Les hemos preguntado si conocen la tribu de los Beni-Uassel, que acompañaron á los conventos á uno de nuestros antiguos Padres en 1716.

—Todos nosotros somos de los Beni-Uassel, nos dicen vivamente; nuestros antepasados fueron los que condujeron á vuestro Padre.

Desde este momento somos amigos, casi parientes.

El de más edad de los tres es Hassan. Por derecho de mayor es jefe responsable; los otros le obedecen como los marineros á su capitán, y nosotros estamos á merced suya como viajeros. Hassan no trabaja; sólo manda: apenas si da un último golpe de mano para equilibrar la carga del camello que le pertenece: no obstante tiene mucha fuerza y agilidad. Le llamamos Hassan-bey, y esto parece le lisonjea.

Los tres camelleros tienen la tez ligeramente morena de los habitantes del Egipto central, y los rasgos nobles y firmes con que los pintores de escenas bíblicas representan á los hijos de Jacob. El más jóven de los tres, Mohamed, sería para esos pintores un buen modelo, pues no tiene el aire pesado y negligente del fellah, ni la tez marchita del egipcio de los pueblos, ni su vista empañada y mustia. Sin arrugas en el rostro, su ojo es negro y puro, y su mirada viva y serena.

Durante la marcha uno de los camelleros guía la caravana, teniendo la cuerda del primer camello; otro anda al lado de los viajeros para servirles, llevando comúnmente en la mano la botella de agua; el último se adelanta á alguna distancia, sin perder nunca de vista á sus compañeros, y procura disparar un tiro de fusil á alguna gacela ú otro animal del desierto.

Su conversacion es bastante alegre, y sus respuestas vienen á ser ese corto número de frases estereotipadas que sin cesar se oyen en país musulmán, y que tan bien traducen las teorías religiosas y fatalistas del Islam, como la trapacería árabe.

Cuando les preguntamos sobre cosas que no quieren decir:

—*Alá alam*, (Dios es más sabio), responden.

Si quieren que aceptemos alguna contrariedad, ó no saben qué motivo alegar para justificarse:

—*Maalech*, dicen (por *ma alaihu*, nada sobre él).

Al sufrir una negativa:

—*Alá kerim* (Dios es generoso).

En la tristeza, para consolarse de una injusticia:

—*Alá Akbar* (Dios es grande).

En los contratiempos:

—*Maktub* (estaba escrito).

Respecto á religion tienen muy poca; apenas una que otra vez les hemos visto orar algunos instantes, y nos han dicho que no hay mezquita en su pueblo.

—¿Nunca os preocupa, les preguntamos, hacer lo necesario para evitar el infierno é ir al paraíso?

—*Maktub*, nos contestan.

—Pero entonces ¿por qué fatigaros tanto para aseguraros el pan de vuestra vejez? El porvenir está igualmente escrito (*Maktub*).

Fieles á la prescripcion del Corán de rehuir toda discusion con los que han leído el libro (el Evangelio), los beduinos no dan otra respuesta que una ligera sonrisa.

El camello ¿es un animal estúpido ó un animal inteligente? Esta es una cuestion acerca la cual no están de acuerdo los viajeros. No puedo resolverlo, por más que haya advertido en los hermosos cráneos de camellos, blancos como nieve, que de vez en cuando se encuentran en los senderos del desierto, que su cavidad cerebral apenas accede un litro. Lo que sé mejor es que nuestros camellos, que nada tienen de notable en su especie, llenan admirablemente el oficio para el cual los creó la divina Providencia.

Verdaderamente vamos muy cómodamente en nuestras cabalgaduras, sentados en una plataforma de equipajes y cobertores: podemos leer y orar con toda facilidad, sin el menor cuidado ni tener que ocuparnos de cosa alguna. El camello adelanta siempre con paso regular y perfectamente seguro: nunca tropieza, no se asusta por menudencias, ni hace el menor movimiento brusco durante la marcha, suceda lo que quiera, ni se detiene uno cuando ya no sabe el camino. Su paso silencioso no turba la calma solemne del desierto. Apenas da algunas señales de impaciencia pateando vivamente cuando siente con harta fuerza los groseros parásitos negros, semejantes á gorgojos, que se ocultan especialmente en sus piernas delanteras.

Su sobriedad sería increíble si no se supiese que el volúmen craso de la jiba suple el alimento. A la terminacion del viaje, cansado de encontrarme á plomo en la albarda de mi camello, vínome la idea de acercarme á su jiba. Estaba torcida y echada á un lado.

—Ha trabajado mucho y comido poco, dice el camellero, y esto vacía la jiba.

Nuestras cabalgaduras tenían un paso tan regular que pudimos servirnos de él para medir con bastante precision las distancias recorridas. Su paso era de 80 centímetros; daban 74 por minuto, lo que hace cada hora un trayecto de 3,600 metros aproximadamente. El ilustrísimo Sogaro nos dice que las pesadas caravanas de Suakim á Berber no andan más que tres kilómetros por hora.

VII.

Á TRAVÉS DEL DESIERTO.

Los camelleros nos muestran, á la derecha del sendero, algunos mármoles rojizos sin valor restos de excavaciones hechas por europeos treinta años há. Atravesamos en seguida muchos uadis, menos profundos, menos anchos y menos verdes que el Sannur, y todos se extienden hácia el Sudoeste. Llegada la noche, acampamos en uno de estos uadis, llamado *uadi Abu-Risc*, que nos suministra matas en abundancia y buenas camitas de arena.

El día siguiente, al cabo de cuarenta y cinco minutos de marcha, los camelleros nos hacen bajar á tierra y nos muestran junto al sendero un hueco de un metro de profundidad, abierto en una roca calcárea resquebra-

jada. Acercando el oído oíese un ruido semejante al de un torrente que corre á través de las peñas; y de allí sale un viento bastante fuerte para apagar inmediatamente una bujía. Es probable que ese hueco comunique con una corriente de agua subterránea que produce una tromba metiéndose en un canal muy inclinado. Legua y media más lejos atravesamos un hermoso uadi, poco profundo y bastante verde. Nada más gracioso que las plantas de coloquíntida que nacen entre la arena. Figuraos un espacio de tres ó cuatro metros de ancho, perfectamente adornado con un follaje verde sombrío, que sirve de lecho á un centenar de calabacitas del tamaño de naranjas, completamente esféricas, y cuyos matices, según la edad del fruto, reproducen toda la escala desde el verde oscuro hasta el amarillo paja. Si no

me equivoco este uadi es el de *Abu-Debat*. Confieso, sin embargo, que no he prestado mucha atención á los nombres de localidades poco importantes. Mientras no se tenga un mapa seguro, el viajero se verá con frecuencia reducido á interrogar á camelleros ignorantes, que transforman y confunden las palabras, hasta el punto de que es ya difícil establecer la sinonimia entre los escritos poco considerables de los exploradores.

Cerca de allí pasa la línea de repartición de aguas, dirigida á corta diferencia del Norte al Sur. Todos los uadis que hemos atravesado conducen las aguas pluviales al Nilo y al Mediterráneo, los que encontraremos en adelante las vierten en el mar Rojo.

A cosa de las diez, después de cuatro horas de marcha, franqueamos el monte Keliel en un desfiladero



EGIPTO.—Convento de San Antonio en el desierto. (Pág. 216).

donde el mapa del P. Sicard marca las ruinas de un monasterio. No hemos podido descubrir tales ruinas; pero al buscarlas por los montecillos próximos hemos encontrado algunos bancos de alabastro que nos han recordado las hermosas columnas de alabastro oriental, color ámbar y leche, de la mezquita de Mehemet-Alí en el Cairo, las de la Confesion de San Pablo extramuros, y los revestimientos de alabastro de la iglesia de Jesús en Roma, sacados de este mismo desierto. Las canteras están al Sudoeste, hacia el uadi *Omm-Argub*, afluente del Sannur.

Al salir de la hoz el sendero baja á través los restos de la montaña á la grande llanura *arabah* ó de los carros, que se extiende del Sudoeste al Nordeste hasta el mar Rojo, en una longitud de 80 kilómetros y una an-

chura media de 25 á 30. El aspecto es imponente: á los piés se tiene una llanura gris y casi unida como el mar; al frente, la cima del monte Colzim, elevándose á 1,200 metros; al Norte, la cordillera enhiesta del Galala septentrional, que sigue al Keleil; al Nordeste, los vapores del mar Rojo, y en un confin indeciso, las montañas de la península sinaítica. Andamos algun tiempo al Nordeste siguiendo el pié del Keleil, y á las once nos detenemos bajo una mezquina *acacia nilótica*, que tiene á lo menos tantas espinas blancas como hojas (1).

Al pié del Keleil visitamos la fuente de Ain-el-Atraidé, que dos ó tres palmeras señalan al viajero. Sale de

(1) La *acacia nilótica*, que los árabes llaman *santa*, es uno de los árboles de que los habitantes del alto Nilo sacan la goma arábiga. En Egipto sólo se la planta por su sombra y su madera.

una roca calcárea blanca, y se reúne en el hueco de una peña. Su gusto insípido no impide que los camellos y beduinos la frecuenten. Aquí, el camino abandona el monte Keleil y atraviesa el valle. Véanse en la llanura algunas chozas construidas con ocasión de las excavaciones que Fígari-bey emprendió por orden de Said-bajá, para buscar hulla en los años 1840-47. Cierta caballero de industria desembarcó hulla de Cardiff en la playa del mar Rojo, y la hizo llegar á Benisuef en camellos, como un producto del desierto descubierto á consecuencia de sabias exploraciones. El virey engañado envió el ingeniero y naturalista Fígari con objeto de que hiciese los trabajos necesarios para la explotación. Este no encontró más que una marga bituminosa negra, teniendo una grosera apariencia de lignitos en formación y sin utilidad alguna.

Lo que más llama la atención del viajero son largos cerrillos, rectos y paralelos, todos de la misma altura, de unos quince metros próximamente, que en parte cierran el valle, dirigiéndose de Norte á Sur. Hay de ellos crecido número en toda la parte Norte del Arabah. Diríase que son trincheras levantadas por mano de hombre para la defensa de una plaza, ó inmensos testigos que dejaron las aguas como señal de su trabajo.

Estos cerrillos son todos de asperón ferruginoso. El señor Schweinfurt cree que son de formación marina y que el suelo de Arabah, como los peñascos sinaíticos de la otra parte del golfo, en los cuales se han encontrado á grande altura madréporas semejantes á las del mar Rojo.

A través de los cerrillos serpentean diversos uadis ó lechos de torrentes, en los cuales esplanadas de arcilla cavadas por el sol acusan recientes y abundantes lluvias. Pasamos la noche en uno de esos uadis, y por la mañana partimos antes de las seis, dirigiéndonos al Este, hacia un punto negro, que poco á poco se dibuja en el cielo como una hermosa palmera. Los religiosos de San Antonio lo han rodeado con tapias para proteger ese hermoso nido del desierto, indicando á lo lejos la fuente de Ain-el-Buerat. La fuente, que dista 500 metros, está en el hueco de una peña, y su agua tiene un ligero olor sulfuroso. Los camelleros nos dicen y hay otra fuente de agua salada al pié de una acacia que vemos á medio kilómetro en dirección del Nordeste.

Encontramos más lejos, en el camino, algunos montones de alabastro reunidos para uso del convento. A las once las aguas azules del mar Rojo aparecen por encima de los cerrillos del valle: al frente una gruesa mancha se dibuja al pié del Colzim.

—Adosado á esa roca blanca, nos dicen los guías, hay el convento de San Antonio.

En breve, efectivamente, divisamos las tapias del convento que reproduce en grande escala el aspecto de nuestros cementerios de aldea: no se ve más que un muro blanco, sin aberturas, sobre el cual se elevan multitud de palmeras: al rededor todo son arena y peñascos.

VIII.

ENTRADA EN EL CONVENTO DE SAN ANTONIO.

A la una y media llegamos á la entrada del convento, bajo un inmenso muro de 12 á 15 metros de altura y de 2 á 300 de longitud.

No busqueis la puerta, pues no la hay; y sólo encon-

traréis en ese muro un nicho semicilíndrico de 3 metros 50 centímetros de ancho, por 8 ó 9 metros de alto, y encima una abertura del mismo ancho guarnecido de reja de madera hasta la mitad de la altura y formando balcon. Apenas hemos tocado la campana suspendida cerca del nicho, cuando las cabezas morenas con turbantes negros de muchos monjes salen de las ventanillas de la reja.

—Somos peregrinos que venimos á visitaros, les decimos: aquí traemos una carta de vuestro superior, el obispo de Benisuef.

Ábrese con estrépito un escotillon en la tarima del nicho, y un monje desciende con rapidez, suspendido á una cuerda de la que estrecha un nudo entre sus piés: es el religioso encargado de recibir á los extranjeros. Viste un sobretodo de jerga negra con anchas mangas, abierto por delante, casi como los de los habitantes del alto Egipto. Nos saluda con afabilidad, y nos invita á subir al monasterio, mientras que otros religiosos bajan para recibir nuestro equipaje.

El P. Sicard en 1616 fué levantado en un cesto; para nosotros fué menos cómodo el caso. La gruesa cuerda que cuelga en el centro del nicho, en su extremo se divide en dos cabos, que terminan en otros tantos corchetes de hierro. Poneos de rostro contra la cuerda, pasad los dos cabos bajo los sobacos, y haced que los corchetes se abracen á vuestra espalda. Estrechan las manos los dos cabos unidos junto al pecho, y todo está dispuesto. A una señal convenida se os levanta rápidamente á 8 metros 50 centímetros de altura, sobre el escotillon, donde un religioso os coge á brazo el cuerpo para tiraros sobre la tarima, dichoso si, dando vueltas durante la ascension, no chocáis de espaldas contra las piedras del muro.

Os hallais entonces rodeado de muchos religiosos que os hacen los cumplimientos de costumbre, y os muestran satisfechos la cabria de eje vertical, movida por dos monjes, sobre el cual se enrosca la cuerda del ascensor. A fe que es un método de introduccion bastante raro para gentes honradas. Dícenos que el asno y el caballo del monasterio entran y salen de la misma manera.

Al salir del ascensor, bájase por una escalera descubierta á una vasta plataforma, y uno se encuentra ante un pueblo de casitas, más ó menos alineadas, que dominan las cúpulas blancas de las iglesias, y la torre cuadrada que serviría de refugio en caso de invasion: todo se proyecta en un fondo de palmeras y de verdor.

Se nos conduce á la habitación del vicario por una calle parecida á la de nuestras aldeas. A ambos lados hay casitas de piedra y arcilla, de tres ó cuatro metros de ancho, no teniendo más que una ventanita encima de la puerta y una mediana abertura para la cámara superior: son las habitaciones de los monjes: cada uno tiene su casita. La habitación del vicario sólo se distingue en ser algo más grande, y que la puerta da á un pequeño vestíbulo. El vicario, anciano de setenta años, casi ciego, está sentado en el fondo del aposento, en un ancho diván de ladrillo, que ocupa toda la anchura del departamento. La luz sólo llega por una ventanita, todo es allí miserable y sucio. Una escudilla de tabaco, *chibuks*, calzado árabe, algunos viejos cojines y girones de tapices yacen allí en confusion.

El vicario nos recibe con cordialidad, y los religiosos que en breve llenan el aposento nos felicitan por nuestra llegada. Entre ellos hay un jóven monje á quien en-

contrámos hace dos años en uno de los monasterios de la Nitria. A causa de nuestra visita, vino al Cairo á pedirnos le instruyésemos en la fe católica, y desapareció á los pocos días. Sin duda sus superiores le habrán puesto en San Antonio, como lugar seguro del que no le será fácil salir si vuelve á tener la tentacion de hacerse católico.

Somos evidentemente para todos objeto de benévola curiosidad, pues esos infelices no han visto extranjeros, hace más de cuatro años. Por nuestra parte tambien se nos ocurre hacerles muchas preguntas, pues todo es aquí bastante desconocido, apenas se parece á lo que se ve en otras partes.

IX.

HISTORIA.

San Antonio se habia retirado á un antiguo fuerte arruinado, en una montaña de la orilla oriental del Nilo, esperando vivir allí en continua oracion y separado de los hombres. Mas los enfermos y los posesos conocieron en breve su retiro, y acudieron en gran número á pedirle su curacion. Altos personajes acudian tambien á visitarle. Temiendo la tentacion de vanidad, resolvió esconderse en la Alta-Tebaida.

Mientras que á orillas del rio esperaba una barca en la que pudiese montar para cumplir su intento, oyó una voz celestial que le decia:

—Si quieres gozar de reposo, renuncia á tu proyecto, y retírate al fondo del desierto vecino: no tienes más que seguir á los pocos sarracenos que pasan en este momento, ellos te mostrarán el camino.

Obedeció, y al cabo de tres días y tres noches de marcha llegó al sitio en donde queria Dios que fijase su morada.

San Jerónimo la describe en estos términos: «Es una montaña pedregosa de unos mil pasos. De sus piés fluyen aguas que la arena bebe en parte, y la restante, que cae más abajo, forma poco á poco un riachuelo en cuyas márgenes se ve gran número de palmeras que contribuyen mucho á hacer agradable y cómodo el lugar.» Se le denomina el monte Colzim, y despues se le ha llamado el monte de San Antonio. El Patriarca reconoció que aquella era la morada que Dios le destinaba, y se estableció allí con tanto mayor gusto cuanto sólo era conocida de los árabes que se la habian mostrado. Su celda era muy estrecha, y no contenia en cuadro más espacio que el que puede ocupar un hombre extendiendo los piés. Había otras dos de iguales dimensiones, cortadas en la roca, á las que sólo podia subirse con hartas dificultades.

No pudo permanecer largo tiempo oculto. Algunos de sus discípulos descubrieron su retiro, y acudieron á construir sus celdas al pié de la montaña, para gozar de su ejemplo y de sus instrucciones: allí construyeron una iglesia donde, segun la tradicion, el santo Patriarca iba á orar y exhortar á los solitarios. Estos le llevaban á la gruta el pan indispensable.

Queriendo Antonio ahorrarles esta fatiga, suplicóles le diesen una azada, una segur y un poco de trigo, que sembró, dándole lo suficiente para su sustento, teniendo así el consuelo de no ser gravoso á nadie. Hizo asimismo otros trabajos, pues transcurrido un año de la muerte del Bienaventurado, al visitar san Hilarion su

morada, los discípulos de san Antonio le acompañaron á un huerto, diciéndole:

—Hé aquí el lugar donde cantaba los salmos y donde descansaba de sus fatigas: él mismo plantó esta viña y estos arbolitos; hizo esta era y cavó esta cisterna para regar su huerto.

Refiriéronle además que habiéndole destruido tres años antes su porcion de tierra sembrada de legumbre, los asnos silvestres que iban á beber, mandó al primero que se detuviese, y dándole suavemente un palo, le dijo:

—¿Por qué comeis lo que no sembrásteis?

Desde entonces aquellos animales no hicieron más estragos.

Para auxiliar á los extranjeros que recurrian á su caridad y á sus luces, sin perder todas las ventajas de su retiro, hizo construir el monasterio de Pispir, en la márgen del Nilo menos distante de su montaña, donde de vez en cuando daba cita á los visitantes.

Sabiendo, por revelacion divina, que estaba próximo su fin, quiso visitar una vez más á los solitarios de la montaña exterior, situada no lejos del rio, para despedirse de ellos por última vez. Despues de esta visita volvió á su acostumbrado retiro, donde habiendo enfermado poco despues, llamó á dos solitarios que hacia quince años que le servian á causa de su ancianidad, y les dijo:

—Huid sobre todo de los cismáticos y herejes. Ocultat mi cuerpo en la tierra, haciendo de modo que nadie sepa dónde lo habeis enterrado: espero que el Salvador me devolverá mi cuerpo incorruptible el día de la resurreccion.

Les dió el beso de paz y entregó su espíritu al Señor el 17 de enero del año 356 y en el ciento cinco de su edad.

Dios no quiso que el cuerpo de su siervo permaneciese siempre ignorado, y fué descubierto por revelacion reinando Justiniano, en el año 561, y conducido á Alejandría, en la iglesia de San Juan Bautista, y por último á Francia en un convento de Antoninos, que es hoy el pueblecito de San Antonio, en la diócesis de Grenoble, á diez kilómetros de San Marcelino.

Segun la tradicion de los monjes, las primeras construcciones del convento fueron hechas el año 315, viviendo san Antonio, y el monasterio sólo una vez dejó de ser habitado y que fué en la época de la conquista del Egipto por Selim I, en 688. Los monjes, teniendo la barbarie de los vencedores, abandonaron los dos conventos, que permanecieron setenta años expuestos á los ultrajes de los árabes y del tiempo, sin experimentar destrucciones violentas. En 758 los religiosos coptos cismáticos vinieron á instalarse en ellos, y no los han dejado más.

Las construcciones y el cercado del convento son hoy más considerables que en la época en que los visitó el P. Sicard.

En 1859 el patriarca Cirilo, antiguo religioso de San Antonio, hizo construir una nueva tapia, más vasta que la primera, para encerrar la fuente y todas las tierras cultivadas. La colecta que ordenó á este efecto en todas las iglesias de Egipto le permitió además construir una nueva iglesia, graneros y dos líneas de celdas.

Hace cosa de treinta años que un jóven católico de Tahtah, en el Alto-Egipto, alumno del seminario de la Propaganda en Roma, por motivo de salud restituyóse á su país natal. Habiéndole salido al encuentro su ma-

dre hasta el Cairo, partieron juntos en una barca que remontaba el Nilo. Después de pasar una noche en Benisuef, olvidáronse del jóven al partir, y quedó solo en la ciudad. Un sacerdote copto cismático, á quien se dirigió, le dijo:

—Conozco á tu familia; vén conmigo; encontraremos á tu madre más lejos.

Le hace montar en un camello, y toma con él el camino de San Antonio. Cuando el jóven advirtió el engaño, no le fué ya posible retroceder.

Internáronle en el convento y le mezclaron con los monjes. Al principio le hicieron sufrir muchas contrariedades. El jóven las soportó con paciencia, y se conducía como los religiosos más regulares del monasterio, conservando la pureza de su fe católica.

Transcurridos algunos años todo se apaciguó, y creyóse haberle ganado; llegándose áun á dirigir al patriarca tan buenos informes, que éste puso en él los ojos para uno de los obispados vacantes de la Abisinia, y le mandó al Cairo á fin de ordenarle sacerdote y obispo. El superior del convento, desconfiando todavía algun tanto, lo encomendó á dos religiosos ancianos que no debían abandonarle un momento. Supo, sin embargo, eludir su vigilancia. Al pasar cerca de la casa episcopal les dijo:

—Aguardadme, que voy á saludar á un amigo.

Sube á la habitacion del obispo, y hace decir á los religiosos que no volverá á bajar. Este jóven es hoy el *abuna* Butros, cura de los coptos católicos en Mansurah.



MADAGASCAR.—Interior de una cabaña malgache. (Pág. 217).

Durante su reclusion de ocho años en San Antonio la divina Bondad le proporcionó un singular auxilio. Cierta dia un extranjero de luenga barba, pobremente vestido, llevando una cajita de objetos de quincalla, se presenta en el convento. El extraño buhonero era el Ilmo. Massaja, capuchino, vicario apostólico de los Galas, arrojado por la persecucion. Permaneció en el monasterio algunos meses, completamente desconocido y tratado como un mendigo. Únicamente nuestro jóven conoció su secreto, y pudo á su vez abrirle su alma.

El Ilmo. Massaja vive hoy en Roma, donde se ocupa en redactar su memoria. Quizá este escrito levantará el velo que cubre la misteriosa permanencia del obispo misionero entre los monjes cismáticos. Estos han olvidado completamente al pobre buhonero.

X.

EL CONVENTO.—LA IGLESIA DE SAN ANTONIO.

Nuestros caritativos huéspedes nos hacen visitar la fuente y el jardin de san Antonio, su antigua iglesia y todo lo que puede interesarnos en las construcciones del convento. Mañana nos conducirán á la gruta de la montaña para celebrar la santa Misa.

Las nuevas tapias del convento forman un pentágono irregular, de más de un kilómetro de contorno; rodea el antiguo muro por todas partes, excepto por el lado del Nordeste, que mira á la llanura del Arabah. La muralla, de diez á doce metros de elevacion, y dos por lo menos de anchura, termina por un camino de ronda

y por un parapeto que le protege exteriormente. Dos ó tres torrecillas y algunas cruces grabadas al cincel en la piedra, son todos sus adornos. El recinto tiene más de seis hectáreas; la parte nuevamente añadida forma algo más de la mitad.

La fuente está situada en la parte de la montaña é inmediata al muro, bajo una roca calcárea blanquísima, adornada de hermosos alcaparros. Brota de una capa de marga de varios colores, despidiendo un olor sulfuroso bastante pronunciado: su temperatura, apenas superior á la mediana del año, 23 ó 24° centígrados, parece indicar que no procede de mucha profundidad. La vena es gruesa como el brazo, y dícnos que constantemente conserva igual volúmen y temperatura. No le hemos encontrado el gusto de sal de que hablan algunos viajeros.

Bajando de la fuente y penetrando en el antiguo recinto, el visitante entra en lugares umbrosos, á los que el desierto da nuevo frescor y encanto. Los bosquecillos de algarrobos, de olivos y de terebintos están entrecortados por campos en los que los monjes cultivan excelentes legumbres y vigorosas verduras. Algunas grandes sensitivas de mil y mil adornos de oro embalsaman el aire; altas palmeras, dispersas acá y acullá, lo dominan todo con sus largas palmas, no dejando bajar sobre esos huertos más que una luz suavizada. Este encantador oasis tendría mayor hermosura y frescor si fuese cultivada por manos más diligentes; pero esos monjes no sospechan la limpieza y elegancia de nuestros hábiles jardineros de Europa. Dejan su recinto en una negligencia algo salvaje. ¿Será acaso para mejor recordarnos la austeridad del santo Abad que desbrozó y plantó este rincón del desierto?

La vieja iglesia de San Antonio se encuentra entre el jardín y las celdas antiguas. Nos hemos apresurado á visitarla. Entramos con respeto en este santo lugar, y oramos algún tiempo de rodillas ante el santuario con el fervor de peregrinos llegados al sagrado término de un penoso viaje: oramos por nuestros hermanos, y más aun por la conversión de esos infelices monjes que viven miserablemente en las sombras de la muerte, lejos de la verdadera iglesia de los Pablos y de los Antonios. Su retorno á la fe católica puede nos atraerá muchos obispos del cisma, y éstos arrastrarían la nación al redil del verdadero Pastor.

La iglesia está orientada del Sudoeste al Nordeste, y tiene unos veinte metros de largo por diez de ancho: su plan es conforme al tipo invariable de las antiguas iglesias griegas ó coptas, figurando el templo de Jerusalem: es un largo cuadrado dividido en su longitud en cuatro partes: dos para los fieles, una para el clero y en fin el santuario. Este último está cerrado por un alto enmaderamiento, con tres puertas que dejan ver otros tantos altares aislados, y detrás de cada uno de ellos un nicho ó ábside. Todas estas partes del edificio rematan en cúpulas.

La parte más distante del santuario es la más antigua. Los muros están cubiertos de pinturas del viejo estilo bizantino, en las que se reconocen, á pesar de los estragos del tiempo, guerreros, Ángeles, Apóstoles y el Niño Jesús en brazos de su Madre santísima. Véase asimismo á la izquierda de la puerta de entrada un guerrero romano, montado en un caballo, lanza en mano y rodeada la cabeza de un nimbo; debajo hay figurada una iglesia grande con numerosas cúpulas. ¿Serían

acaso la iglesia de Santa Sofía y el emperador Constantino que los griegos honran como santo? Á su lado hay otro caballero adornado también con un nimbo. Parecenos que estas pinturas pertenecen á los primeros siglos de la segunda época del arte bizantino, y merecerían ser estudiadas por algún sabio arqueólogo.

Antiguos visitantes han trazado allí monogramas singulares y nombres ilegibles. En tres sitios se lee, escrito en gruesas letras negras: *Frater Bernardus a Ferula siculus de observantia, primus visitator catholicus, sub die 31 decembris 1725—id., 11 januarii 1726—id., 31 januarii 1726.*

Esta primera parte de la iglesia de San Antonio está separada de la restante por una tapia que sirve de base á un arco ligeramente ojival. Frente de la puerta de entrada hay una capillita lateral bastante oscura.

El monasterio posee otras tres iglesias: la de San Pedro y San Pablo, construida hace dos siglos para uso de los religiosos, al lado mismo de la iglesia antigua, de la que sólo la separa un pasadizo que conduce al jardín: la iglesia de San Marcos está situado en el centro de éste, dedicada á un religioso laico de aquel nombre, muerto en el monasterio en olor de santidad: la tercera iglesia está adosada al lado Norte del nuevo cerco. Todas estas iglesias, como la de San Antonio, están divididas en cuatro partes en el sentido de su longitud; y además cada división transversal tiene tres compartimientos, todos con su cúpula; de modo que cada iglesia está coronada de doce cúpulas blancas, iguales, simétricamente colocadas en tres hileras.

Entre la iglesia de los monjes y sus celdas se levanta una gruesa torre cuadrada, destinada á servir de refugio en caso de invasión. Penétrase en ella por un puente levadizo que se baja sobre el terrado de las celdas vecinas; y encuéntrase en su interior todo lo necesario para una prolongada permanencia: depósito de agua, horno, graneros, capilla, etc. Esta torre es menos considerable y menos sólida que las de los monasterios de Nitria, y parece descuidada. Sin duda los religiosos de San Antonio confían más en sus murallas, por otra parte los beduinos de la montaña gozan actualmente mejor reputación que los de Nitria.

Muéstrasenos todavía, no lejos de la torre, una antigua sala abovedada y húmeda. En el centro hay construido una especie de pesebre de piedra, flanqueado en toda su longitud por dos muros pequeños de la altura de un banco.

—Esta sala, nos dicen, es el refectorio de los monjes durante la Cuaresma. Se acurrucan sobre los muros pequeños y toman la comida en el gran pesebre de piedra. El restante tiempo del año cada cual va á buscar su alimento en la cocina, y come donde le place.

ESCENA DE INTERIOR DE UNA CABAÑA MALGACHE,

POR EL P. ABINAL, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, MISIONERO DE MADAGASCAR.



El grabado de la pág. 216 ofrece el interior de una cabaña malgache. Las dos mujeres en pie una frente la otra, llevando un niño en la espalda, muelen arroz: la de la derecha es la dueña de la cabaña, y la otra es su esclava.

En Madagascar amos y esclavos no forman más que una sola familia. Así no es raro ver á la dueña ayudar

á sus servidas cuando están ocupadas en trabajos penosos. El niño malgache no tiene otra cuna que la espalda de su madre: allí permanece envuelto como en un estuche, y sostenido por la única *lamba* que cubre á él y á su madre. Aprisionado largas horas en esa cuna viviente, el niño duerme, llora, se divierte, mientras que su madre vaca á las diversas ocupaciones caseras. Véase ora gesticular con sus bracitos fuera de su camita, ora jugar con las trenzas de su madre. A veces su posición no es de las más cómodas. Cuando la madre muele el arroz, la cabeza del niño sigue invariablemente todos los movimientos del majadero, y su nariz á cada golpe viene á chocar con la espalda de la trabajadora.

—¿Hay que extrañar después de esto, decía en cierta ocasión un chusco, que todos los malgaches, casi sin excepción, sean chatos?

El majadero es de madera dura, de metro y medio de largo próximamente, y es una excelente arma defensiva en caso de ataque nocturno. El mortero es simplemente un tronco de árbol ahuecado.

Es raro encontrar sillas en una casa malgache; así es que cuando se recibe la visita de una persona de respeto, el mortero cabeza abajo, con una tela cualquiera encima se convierte en asiento de lujo.

Una vez machacado el arroz, lo criban. El objeto redondo que se ve en el suelo, junto al mortero, está destinado á este objeto. Es una tabla ligeramente hueca por un lado y convexa por el otro. Con frecuencia, á falta de madera, lo fabrican simplemente con un aro, al que adaptan una tela en el interior. Dechado el arroz, lo vuelven una ó dos veces más al mortero, según lo desean más ó menos puro.

Un poco á izquierda percíbese una pala larga y estrecha; es el azadon malgache, y casi el único instrumento para los trabajos agrícolas. Al lado hay una hacha, lo más sencillo que es posible ver. Sin embargo el malgache no tiene otro instrumento para cortar la madera.

La cesta está formada de juncos trenzados, y provista de una tapadera sirve para multitud de cosas.

La leña es rara en el Imerina, así es que ese haz que se advierte entre la cesta y la pared sólo sirve para las grandes solemnidades. En tiempo ordinario aprovechan la boñiga y las hierbas secas.

La cocinera ocupada en activar el fuego es otra esclava de la casa. La marmita, de tierra cocida, descansa en un trébedes de hierro ó sobre tres piedras dispuestas en triángulo. El arte culinario no exige aquí ningún aprendizaje: nada más sencillo, en efecto, que la cocina malgache: arroz con agua, algunas hierbas y un poco de carne algunas veces sin condimento alguno. Al malgache le gusta mucho la sal, y lo considera como un extraordinario cuando puede procurársela.

La gallina ha oído el ruido del majadero, y acude á comer el arroz que cae del mortero. El gato está atado junto al hogar, pues su dueño teme que lo roben si lo deja andar suelto. Aquí el gato se vende muy caro á causa de los eminentes servicios que presta y vista la multitud de ratones que invaden las casas.

Una visitadora aparece en la ventana: es raro que una persona respetable asista así á la preparación de la comida. Aquella olvida todas las conveniencias por el prurito de contar noticias. El malgache es un hablador de maravillosa fecundidad: inventa historias las más increíbles, y es capaz de creer aún lo imposible.

A derecha hay suspendidos dos saquitos y una calabaza: uno contiene pimienta, y el otro las cucharas para uso de la familia: son de madera y á veces de cuerno, y bastante bien trabajadas: no tienen tenedores. Los pueblos del litoral emplean anchas hojas por cucharas, que pueden cambiar á cada comida.

La calabaza está llena de pomada, que consiste en grasa de buey sin preparación ni perfume de ninguna clase: las mujeres son tan aficionadas á este *cosmético*, que á veces de sus cabellos chorrea esta grasa. Sobre todo entre los betsileos, las hembras tienen suma habilidad para trenzarse la cabellera, y la grasa les es un accesorio indispensable.

Cuando llega un extranjero ó una visita respetable, la señora de la casa dispone algunas esteras finas en forma de tapiz, que se tienen siempre en reserva para tales casos, y se ven suspendidas en dos rollos en un ángulo de la cabaña. En el ángulo opuesto figura una especie de cesto con ancha abertura, que sirve de red para la pesca: los malgaches no conocen otra.

En el umbral de la puerta aparece otra indígena, que vuelve de la fuente con agua.

Añadamos que en el Imerina los pueblos, por causa de salubridad, están edificadas en la cumbre de las colinas, y que sólo en el fondo del valle se encuentra el agua potable: lo que obliga á subir muchas veces al día una cuesta escarpada para traer cántaros llenos de agua.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA FUNDACION DEL COLEGIO DE SAN CARLOS Y SUS MISIONES EN LA PROVINCIA DE SANTA FE (AMÉRICA MERIDIONAL).

VIII Y ÚLTIMO.

Trabajos materiales proyectados.

Realizados los ya mencionados trabajos, debo hacer mención de otros que se realizarán así que franquee el transporte de material que se ha de emplear la creciente de estas vías fluviales y mis actuales ocupaciones me los permitan, á saber:

En el SAUCE, una cómoda y espaciosa escuela para niñas.

En SAN JAVIER, asentar en cal las tejas del techo de la iglesia, para evitar así que á cada momento las destrocen las tempestades. Y si no me falta la cooperación de los buenos vecinos, levantaré la segunda torre, que dará más importancia á aquel grandioso edificio.

En RECONQUISTA, ya he ordenado la quema de 40,000 ladrillos para el cerco de la quinta de la Mision y en seguida se revocará todo el frente de la casa perteneciente á la misma.

Concluida esta pequeña relación de los trabajos materiales que han realizado los Padres misioneros en las Misiones, para que los fines de estos *Apuntes* sean completos, debo hablar también sobre las tareas espirituales de los mismos Padres.

Los Padres misioneros no sólo atienden con cuidado y esmero las poblaciones á ellos confiadas, en lo que mira á la instrucción, á la moral y á la administración de los Sacramentos, sino que tienen además un campo inmenso para ejercitar un ministerio, sólo propio de su abnegación y de su fe.

El SAUCE, por ejemplo; además de su Reduccion tiene cinco colonias, algunas á veinte leguas de distancia.

SANTA ROSA, juntamente con su Reduccion atiende la colonia de Cayastá, cuyos dos puntos abarcan una extension de quince leguas.

SAN JAVIER, la colonia Helvecia, Rusa, Francesa, California y Alejandra, teniendo que recorrer en todas ellas un territorio de unas cuarenta leguas.

RECONQUISTA, la colonia Avellaneda, Galense, Mal Abrigo y otras cuyos nombres no tengo presente en estos momentos; pero las que en conjunto, abarcan una superficie de quince leguas ó más.

La nueva Reduccion de «San Antonio,» además de tener el inmenso trabajo de instruir á su indiada recién reducida (pues para tener una idea de aquel trabajo sería preciso ejercitar siquiera unos pocos días esa penosa tarea), tiene á su cargo la colonia Ocampo y Las Toscas. Hay que manifestar que las tres poblaciones no dejarán de abrazar una extension territorial de quince ó veinte leguas.

Podemos, pues, decir sin exageracion: que desde Santa-Fe hasta la colonia «Las Toscas,» todas las poblaciones que se encuentran establecidas en esa vasta region de tierra (¡muy cerca de ciento cuarenta leguas!) son activamente recorridas y perfectamente atendidas por los Padres misioneros; prodigando así los beneficios de su ministerio apostólico á los pobladores de esa inmensa superficie que la provincia y la nacion ha diseminado en ella.

Número de los indígenas de las diferentes Reducciones.

Habiendo hablado de la institucion de las Misiones del Colegio de San Carlos en el Norte de la provincia de Santa Fe, de sus vicisitudes y trabajos, de su adelanto material y tareas espirituales, solamente me queda manifestar al público el número de indígenas que actualmente se encuentra en ellas.

A continuacion expreso en cifras la poblacion respectiva de cada Reduccion, segun el censo que levanté el año 82, pues la premura del tiempo me impide dar el que corresponde á la fecha en que escribo.

Hé aquí esas cifras:

<i>Santa Rosa.</i> —Número de la poblacion indígena en el año 1882, entre hombres, mujeres y niños.	710
<i>San Javier.</i> —Idem, id., etc.	755
<i>Reconquista.</i> —Idem, id., etc.	475
<i>San Martin.</i> —Idem, id., etc.	285
<i>Sauce.</i> —Idem, id., etc.	225
<i>Nueva Reduccion de «San Antonio.»</i> —Su poblacion en la presente fecha, entre hombres, mujeres y niños.	600
Total.	3,050

ADVERTENCIA.—No figuran en estos *Apuntes* las Reducciones de San Pedro y Cayastá porque la poblacion de San Pedro, despues de varios contrastes y casi destruida, los pocos indígenas que quedaron pasaron á San Martin, y son los sampedrinos que hoy se encuentran en ese punto. La poblacion de Cayastá, viendo que no tenia un terreno fijo y determinado para su pro-

piedad, se trasladó á San Javier, quedando sólo en el lugar primitivo como unas cien almas, que hasta el presente allí se conservan y el Padre misionero de vez en cuando visita.

Por lo dicho en el transcurso de estos *Apuntes* claramente se deduce no sólo el tiempo fijo y determinado de la Fundacion de las Misiones del Colegio de San Carlos, en el Chaco de la provincia de Santa Fe, sino que tambien los títulos legítimos que garante el ejercicio de su ministerio de misioneros entre infieles.

Fieles siempre á sus deberes estos misioneros apostólicos, interrumpidas las primeras Misiones de que se hicieron cargo—por la guerra de la Independencia y contiendas civiles—volvieron al campo de su deber con el mismo ardor primitivo.

Aunque en la prefectura del P. Constanco no se obtuvieron los resultados que el Colegio y la nacion esperaban, sin embargo abrió el camino á sus sucesores, legándoles perspectivas más bonancibles tendientes á dar realizados frutos.

La semilla del Evangelio que con su abnegacion, sacrificio y peligros de su vida habia llevado á las tribus nómadas del desierto, por más que momentáneamente hubiese caído en terreno árido, debia con el tiempo germinar y producir abundante cosecha evangélica.

Por eso ha sido que, al correr el tiempo, hemos visto á los indios pedir ellos mismos su Reduccion bajo el lábaro misterioso de la cruz y al amparo del Padre misionero. Y cuando no, los Padres misioneros en sus entradas al Chaco, han obtenido más de una vez felices resultados.

Hemos visto tambien, que no obstante las contrariedades y persecuciones á sus trabajos, siempre han estado firmes en su puesto desafiando las transitorias contradicciones, y con la confianza en Dios, esperando días más felices para el mejor desempeño y fructificacion de su ministerio.

Sí, con esa sola confianza y con el fin noble que le animaba ha podido sufrir en distintas ocasiones, ver aniquilados sus trabajos y destruidas por completo sus Reducciones, que con sudores y afanes habia plantado.

Sí, firme en esa misma confianza y su resolucion heroica á toda prueba, ha podido ver realizarse progresos materiales y espirituales en sus Misiones, que son la mejor gloria que adorna las sienes de su resignacion y caridad cristiana.

Y para que el público conozca que la abnegacion de los Padres misioneros no es solamente un pomposo título de vanidad, y á fin de que nuestros liberales se convenzan que los Padres misioneros no son un elemento inútil, como no lo es el sacerdote católico en cualquiera esfera y circunstancia que se encuentre, les presento á la vista como en un cuadro, los trabajos realizados por ellos en el espacio de veinte años.

Expediciones al Chaco.

Expedicion efectuada por el R. P. Silvestre Tro- pini en 26 de enero.	1857
Expedicion llevada á cabo por el R. P. Fr. Cons- tacio Ferrero, siendo Prefecto de las Misiones, en el mes de junio.	1857
Expedicion del R. P. Fr. Hermete Costansi el 14 de marzo.	1868

Expedicion del R. P. Fr. Marino Macaño, el 18 de mayo.	1868
Expedicion del R. P. Fr. Bernardo Tripini, efectuada el año de.	1870
Expedicion del R. P. Fr. Jerónimo Marchetti, iniciada y concluida el año.	1876

Templos levantados por los Padres misioneros en el Chaco de la provincia de Santa Fe, y valor que representan á pesos, moneda nacional.

El templo de Santa Rosa fué empezado el 61 y terminado el año 1863.	25,000
El templo de San Javier fué principiado el 18 de marzo del 74 y concluido en los primeros meses del año 1878.	30,000
El templo de Reconquista se empezó el año 1879 y se concluyó el 83.	25,000
La capilla de San Martín.	4,000
El cementerio de Santa Rosa.	1,500
Mejoras en la capilla de San Jerónimo.	1,000
Suma total.	86,500

Los Padres misioneros pues, como decia, no son inútiles, porque no puede ser inútil una causa que produce tales efectos.

Por esa razon los enemigos de ella deberian en lugar de perseguirla, fomentarla ó á lo menos darle aquella libertad de que sólo necesita para poder desplegar toda su fuerza y vigor.

Los trabajos realizados son pequeños, es verdad; pero son gigantescos si se reflexiona que los Padres misioneros no contaban con un presupuesto de muchos miles, sino únicamente con su pobreza evangélica.

Esto explica que esta causa, tan perseguida hoy dia, ha sido siempre aquella que ha producido prodigios. Para convencerse de ello, sólo basta dar una mirada á todas las grandes obras de beneficencia que los hijos de la causa católica siempre han realizado, así en las grandes naciones católicas, protestantes, infieles y en las soledades del desierto, como tengo la satisfaccion de presentarles las nuestras á su consideracion.

Algunos no sabrán explicar tales prodigios: el motivo es, porque no han aprendido en aquella escuela de sacrificio y de abnegacion, fertilizada y fecundada por la gracia y palabra de nuestro divino Maestro: pues Él no decia á los suyos: «Id por las naciones y enriqueceos;» estas palabras pertenecen á otra escuela, y por eso son estériles en sus resultados, sino que les decia: «Id por las naciones y derramad sobre ellas los beneficios de vuestra abnegacion y sacrificios, para que os conozcan que á Mí perteneceis; vuestros trabajos y vuestros sudores darán un fruto centuplicado;» y hé aquí el secreto de los grandes resultados que da el catolicismo por medio de sus misioneros.

Las sectas disidentes pueden blasfemar de Dios y de su Cristo, tergiversar los hechos y corromper la divina enseñanza del Salvador; pero nunca podrán decir: «Hemos civilizado pueblos, hemos convertido naciones bárbaras y somos los pregoneros de la verdad, de la civilizacion y progreso;» sino, mal que les pese, deben llevar por baldon de ignominia: «Nosotros hemos sido los corruptores de la patria de un san Bonifacio, de un san Agustín, esforzándonos por sembrar hoy dia en el

seno de las sociedades católicas el pestífero veneno del indiferentismo, racionalismo y ateísmo religioso, procurando pervertir los convertidos, en lugar de internarnos en el centro de los grandes imperios de China, Japon, Corea, Tibet y en las soledades del desierto y abandonar las grandes ciudades marítimas, con el indigno tráfico de mercaderes de Biblias mutiladas.»

¡Pero en fin, que los ilumine Dios!

NOTA.—Aunque estos últimos años los Padres misioneros no los hayan podido emplear en beneficio de los indios salvajes, haciendo nuevas expediciones á las regiones del Gran Chaco; á pesar de eso, han tenido la satisfaccion de ver ingresar en sus diversas Reducciones un número crecido de infieles.

A la de Santa Rosa, por ejemplo, se destinaron los caciques José Domingo, José Miguel y Roque, que con sus respectivas tribus aumentaron dicha Reduccion con un número de *ciento cincuenta* personas, sin contar la fraccion de la indiada que vino de San Martín.

Reconquista fué aumentado con *trescientos* mocovíes y cerca de *doscientos* tobas.

Últimamente tenemos la Reduccion nueva de «San Antonio,» que ha sido establecida con puros infieles, que á la fecha no bajan de *seiscientos*.

Si actualmente se nota deficiencia en el número de la poblacion indígena existente en las Misiones, es debido primero á la guerra que el año 65 sostuvo la República con la nacion paraguaya y á la que fué llevado un número considerable; se debe en segundo, al servicio que á una parte de la misma se le obligó á prestar en las fronteras de la provincia.

Por los dos motivos citados, la poblacion indígena de las Misiones ha sufrido notable disminucion, pues la mayor parte de los indios que fueron al Paraguay y al servicio de Frontera, no volvió á las Reducciones de donde habia salido.

El carácter de los indios que forman las Reducciones de nuestras Misiones, es completamente sumiso y respetuoso. Muchas veces si los curas conversores encuentran serias dificultades para hacer fructificar el trabajo moral que desarrollan con una actividad infatigable, no es motivado precisamente á defectos innatos en los indios que no se les pueda hacer perder, sino casi siempre por el mal gobierno que los administra.

La falta del buen Gobierno civil, es la causa generalmente por la que el progreso moral de las Misiones suele mantenerse estacionario.

Y si en vez de la condescendencia ilimitada que se les deja disfrutar á los indios, fueran regidos por medidas enérgicas y rigurosas, entonces no tendríamos que lamentar consecuencias tan contradictorias.

Es un hecho práctico y por demás reconocido, que los indios requieren ser tratados con un poquito de dureza, porque de lo contrario se vuelven indómitos, y hasta pierden el afecto á las costumbres morales.

Por lo que, si se alejasen de las reducciones los antedichos inconvenientes, como más de una vez se han puesto en conocimiento de quien corresponde y no se procurase sustraerlos á la influencia del Padre misionero, obtendríamos no pocos resultados morales y materiales á la vez.

¡Dios quiera que estas pequeñas reflexiones encuentren un eco favorable en aquellos á quienes incumbe, como administradores de la cosa pública, en beneficio de sus gobernados!